Críticas y reseñas bibliográficas

1

EUGENIO PEREIRA SALAS

Argentina. Monumentos Históricos y Arqueológicos, por Mario J. Buschiazzo. México, 1959. 174 pp. y 72 ilustraciones sobre fotografías del autor

El Director del Instituto de Historia del Arte Americano y Urbanismo, de la Universidad de Buenos Aires, agrega con este libro un nuevo volumen a la interesante y útil serie intitulada "Monumentos Históricos y Arqueológicos", que viene publicando la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en Ciudad de México.

Profundo conocedor de la materia, viajero por las tierras de arte de América, lo que le autoriza la justa comparación, el profesor Buschiazzo encuadra en cinco capítulos bien articulados en su proporción y medida, la densa materia del desarrollo artístico de su patria.

En el I capítulo recoge la huella y testimonios materiales que dejaron los primitivos pobladores, a partir de la fecha calculada por los nuevos procedimientos, de alrededor de 10.000 años A/C (Junius Bird llegó por medio del carbono 14 a 8.639 A/D), hasta la llegada de los conquistadores españoles. Dentro de esta cronología corresponde la secuencia del Paleolítico Superior, el Mesolítico, el Neolítico y el de las primitivas civilizaciones americanas.

Desde el punto de vista estético, los testimonios artísticos recogidos son "oscuros y poco importantes", pero ilustran las etapas de desarrollo de la actividad social de los pobladores iniciales. Describe el profesor Buschiazzo las culturas del Norte, con la representación arquitectónica de los Omaguanos y sus habitaciones de techo de "torta" (barro sobre madera de cardón) y los pucarás de las poblaciones fortificadas para refugio de los habitantes amenazados. Insiste sobre la importancia de la cultura de Diaguita, sobre todo sobre su cerámica. Se refiere a los pueblos del Chaco, "discretos alfareros y hábiles cesteros". Completa el panorama primitivo con la descripción de las culturas del Río de la Plata, de la pampa y de la Patagonia, hitos definidores del avance de esos pueblos recolectores, pescadores y agrícolas.

El II capítulo se adentra en el tema principal, la incorporación de la Argentina al proceso del llamado Arte Colonial Americano.

Pueblos agrícolas de zona templada en una época económica basada en la búsqueda de los metales preciosos y de los exóticos productos tropicales, el territorio argentino, "habitado en gran parte por pueblos nómades que no pasaron en sus habilidades manuales de la alfarería o de la cestería", y cuya arquitectura fue el humilde rancho, la tienda portátil o el pucará, "mal podría ofrecer incentivo a la imaginación creadora de los artistas europeos".

Las ciudades, primeros espacios artísticos frente a la naturaleza, fueron en el siglo XVI simples fortines: Buenos Aires, la futura metrópolis, una empalizada, Mendoza, Santiago del Estero, etc., simples residencias de adobe en la cuadratura de su regular y monótono sistema urbanístico. Poco agrega el siglo XVII. En cambio, en el siglo XVIII se puede hablar de un arte de relativa importancia en el área del extremo sur de América.

La herencia artística transmitida fue, como escribe el autor, "la blandura y sencillez de las formas que se obtienen con el adobe o ladrillo, el contraste primario del muro enjabelgado con la teja, el uso apropiado de las ricas maderas del litoral. De tanto en tanto una nota insólita como el cimbórreo de la Catedral de Córdoba o la extraordinaria estructura de madera de la Iglesia de la Compañía de esa misma ciudad".

Una vez presentadas las coordinadas de la perspectiva panorámica, el profesor Buschiazzo agrupa dentro de una clara clasificación estilística las áreas artísticas de la Argentina colonial. "Fueron estas corrientes las que, llegando por vía atlántica, se adentraron por el Río de la Plata y sus afluentes, trayendo influencias directas de España, Portugal y Brasil; la que, bajando del Perú, realizó la conquista del Tucumán, iniciando los aportes norteños que gravitarían en una extensa zona que abarcó desde Jujuy hasta Córdoba; en tercer lugar, la que viniendo de Chile, pobló la región de Cuyo adyacente a la Cordillera andina; y por último, el grupo misionero jesuita guaraní".

A base de esta división que permite incorporar las constantes históricas del proceso de la colonización de la Argentina, el autor entra a estudiar las regiones que destacan las características citadas. Estudia: I, el litoral y la pampa, en especial Buenos Aires. II, la zona norte; III, la zona andina, IV, la zona jesuita guaraní.

Los monumentos históricos están descritos por el profesor Buschiazzo en forma sucinta, en un lenguaje a la vez técnico y literario, a la manera de

una serie de cortas monografías, que ayuda a interpretar el copioso material gráfico recogido directamente por el autor que subraya artísticamente la obra.

En la personalidad del autor encontramos la feliz combinación del erudito que domina la materia en su profundidad, con el expositor didáctico que trata de imprimir en el lector una visión objetiva de los monumentos descritos. Constituye, por ello, esta parte medular del libro un guía indispensable para todos aquellos que deseen conocer en forma sintética la evolución de la arquitectura colonial argentina.

El III capítulo está dedicado al estudio de las restauraciones de los monumentos históricos, información que ayuda eficazmente a la difícil tarea de reconstruir el perfil de época de los monumentos deformados a veces por errores estilísticos o técnicos.

En la IV parte de la monografía se recopilan los textos oficiales de los decretos que, a lo largo del tiempo, se han cursado en la Argentina con el noble fin de preservar las reliquias del pasado y mantener vivas las tradiciones artísticas.

Cierra el volumen una nómina de los "Monumentos y lugares históricos"; una bibliografía sobre el tema y un acucioso índice.

Dentro de la índole de esta colección destinada a prestar valiosos servicios a la cátedra, el libro del profesor Mario J. Buschiazzo permite a los estudiosos, aficionados y turistas, darse cuenta con rapidez, profundidad y amenidad del sentido estético y sociológico del arte argentino en épocas pasadas. Sus ecuánimes juicios están basados en estrictas bases documentales, sus inferencias reposan sobre el conocimiento del arte continental, que ha logrado dominar a través de una vida dedicada al estudio intensivo de las bellas artes de su patria y de América y al magisterio didáctico de estas mismas materias.

2

FERNANDO URIARTE

Ortega y su filosofía, por Manuel Granell. Revista de Occidente. Madrid, 1960

Los estudios sobre Ortega parecen crecer paralelamente a la continua publicación de sus obras póstumas que realiza la *Revista de Occidente* en combinación con algunas editoriales sudamericanas. Los títulos ya entregados[1] y los numerosos estudios alusivos que concretan el perfil de una hazaña intelectual, nos franquean la entrada al amplísimo contexto de saberes y disciplinas que se articulan en el pensamiento sistemático de Ortega desde los primeros palpitantes atisbos de su obra más antigua.

Entre los ensayos sobre la *razón vital* que despiertan más expectativas se hallan, por razones obvias, aquellos que van componiendo los escritores que gozaron de cierta intimidad con el filósofo; primero alumnos, luego amigos y discípulos. Y no sólo se espera de éstos una exposición más penetrante y reveladora, sino que, con no menor expectativa, algún dato desconocido de su persona viva que desvanezca, por lo menos en parte, el claroscuro que encubre el acontecer de su vida personal.

La labor del exégeta de Ortega es singularmente penosa, porque esta obra de cuño original ofrece al lector alerta un *modo de pensar* que, a primera vista, jubila intermediarios. Y esto se debe a que la teoría misma que juega en los escritos orteguianos la teoría de la vida humana como realidad radical, se sostiene sobre un hecho común al pensador y al lector. El hecho de vivir, del que ambos tienen experiencia concreta. De esta particularidad insólita proviene que la interpretación de la teoría en algún sentido tiene que ser certera, justamente en la perspectiva en que ese sentido representa la particularidad de cada vida. Esto no supone cancelar por innecesaria toda hermenéutica del *racio vitalismo,* pero, sí, que su ejercicio deberá ser riguroso para que pueda satisfacer al estudioso mediano, que está, *a tergo,* capacitado para canjear experiencias y dialogar con el filósofo.

En los estudios de Julián Marías, Paulino Garagorri, Manuel Granell, Laín Entralgo y José Luis L. Aranguren no se observan referencias sustanciales a las ocho obras póstumas[2]. El comentario crítico de algunas reclamará, sin duda, un nuevo ajuste de los conceptos ya elaborados, que se ciñan convenientemente a la prolongación del escorzo histórico-filosófico que se cumple en el *Leibniz* y en *Origen y Epílogo de la Filosofía.* La nota dominante del pensar orteguiano es, desde su iniciación, una como proyección continua de la intuición básica. Estos escritos finales dan a esta proyección una longitud desmesurada. No obstante, en la obra publicada en vida se halla todo Ortega, tanto el realizado como el enunciador de incontables te-

[1] *El Hombre y la Gente; ¿Qué es Filosofía?; Idea del Teatro; La Idea de Principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva; Meditación del Pueblo Joven; Una Interpretación de la Historia Universal — En torno a Toynbee; Origen y Epílogo de la Filosofía.*

[2] Julián Marías. *Ortega, Vocación y Circunstancia,* T. I. *Rev. de Occidente.* Madrid. Paulino Garagorri. *Ortega, una reforma de la Filosofía. Rev. de Occidente.* Madrid. Paulino Garagorri. *La Paradoja del Filósofo. Rev. de Occidente.* Madrid. Pedro Laín Entralgo. *La Espera y la Esperanza. Rev. de Occidente.* Madrid. José Luis L. Aranguren. *La ética de Ortega.* Cuadernos Taurus.

mas implicados que aguardan el desarrollo escolar de sus discípulos. Alguna vez prometió el filósofo explicar su latencia bajo el título de *categorías del contexto.*

El *vector mental* de Ortega procedía, como es sabido, "en sentido de penetración", complicando simultáneamente realidades diferentes. Este carácter inundatorio es específico del pensamiento filosófico. Una doctrina en plenitud es un organismo *autónomo* y *pantónomo;* esto último le permite irrigar todas las parcelas de la cultura.

En Ortega el repertorio de supuestos, *las implicaciones históricas inmediatas,* abarcan la totalidad de *haceres* importantes del hombre. En *Origen y Epílogo de la Filosofía,* vendimia tardía de un experto genial, se lee que "estas implicaciones han de ser hechas patentes y precisadas si se quiere entender un texto porque son su contexto básico".

Entre los diversos trabajos que Granell recoge en *Ortega y su Filosofía* destaca la pesquisa de uno de los contextos más taciturnos del pensador madrileño, situado en el centro de la investigación físico-matemática: la microfísica.

Granell es un colonizador de alto vuelo. Su aventura en el ideario de la *razón vital* nos muestra a un crítico que tiene las manos libres, a un intelectual que no parece tener compromisos previos. Esto no sucede, desgraciadamente, a Julián Marías, legítima cabecera del grupo discipular, ni a Laín Entralgo ni a Aranguren. En efecto, ha bastado que el Padre Ramírez ironizara un posible *orteguismo católico* para que los tres intelectuales nombrados se vieran obligados a justificar, con rapidez, su afecto intelectual a Ortega en pública polémica. La escaramuza no careció de violencia ni mucho menos de interés; los argumentos defensivos y ofensivos dejaron entrever un conflicto evidente entre el dogma católico y la concepción antropológica del autor de *Historia como Sistema.*

Si no estamos errados en nuestra suposición, podemos esperar de Granell logros que no están *permitidos* al *orteguismo católico.*

No creemos que en el globo intelectual orteguiano haya nada que ordenar; en cambio es evidente que se precisa descubrir un orden latente que encubre la doctrina racio-vitalista. No ofrece ésta una coherencia inmediata al lector, porque la trabazón no es epidérmica y quedó desde el principio determinada por la circunstancialidad de la vida del filósofo. La ligazón se evidenciará, por tanto, rastreando los secretos de una situación vital.

Un estudioso dotado de talento para relacionar y combinar podría dar cima a una bibliografía completamente nueva, persiguiendo ciertos temas que aparecen y desaparecen con un ritmo puramente vital y cronológico en las páginas de las *Obras Completas.* Esta posibilidad de nuevos libros entresacados entre los ya existentes compensa en parte la decepción que ha producido una noticia de los compiladores deslizada entre las notas explicativas, que comunica la inexistencia entre los *papeles* de una de las obras más anunciadas por Ortega: la *Aurora de la Razón Histórica.*

Decepción y reserva. Se trata, sin duda, de un enigma singularísimo, porque Ortega era un pensador responsable en grado sumo, porque el "mamotreto" ya tenía un capítulo publicado *(Ideas y Creencias),* porque su contenido general había sido objeto de frecuentes referencias por parte de Ortega en diversos trabajos.

Nuestra tesis es que Ortega ha hecho de su libro un fantasma sumergido, puesto en marcha en diferentes lugares, desarrollado por parcialidades en el recodo oportuno de su espiral meditativa, en sus especulaciones etimológicas, en su permanente *leit motiv* historicista. ¿Qué proponía aquel título auroral? Iniciaciones, principios, aperturas a nuevas sendas. Confeccionar un tomo de medio millar de páginas combinando los textos dispersos no es tarea desmesurada. El conjunto ordenado adecuadamente rendirá una teoría fundamental del ser histórico del hombre.

En *Ortega y su Filosofía,* Granell ha reunido artículos y estudios circunstanciales. En cada uno subyace la magna persona del filósofo desaparecido, a través de una fina viñeta biográfica que nos muestra al profesor, o del análisis a fondo de uno de los grandes contextos de su pensamiento.

El estudio sobre *Ortega y el trasfondo de la microfísica* descubre otro de los libros posibles diluido en la maraña selvática de este ideario. La investigación de Granell constituye una prueba magistral de *ars combinatoria.* A primera vista parece un desatino mentar a Ortega a propósito de las teorías sobre la esencia de la materia. Pero aconteció que los físicos se encontraron inesperadamente reflexionando sobre lo que hacían y esto los proyectó en el seno de una problemática que desde hace un cuarto de siglo es consustancial al pensamiento filosófico. El nombre de Ortega aparece con sobra y comodidad en listas de pensadores junto a Bergson, Husserl, Scheler, Spengler, Heidegger, Sartre, Merlau-Ponty, etc.; pero esta sobra y comodidad desaparecen en una serie integrada por De Broglie, Heisenberg, Bohr y Gonseth. Sin embargo, se han enfrentado los físicos con el problema de la realidad que es, fundamentalmente, un problema filosófico.

Granell incursiona en los escritos físico-matemáticos y se topa a Gonseth afirmando que lo que podemos esperar del conocimiento es "un acuerdo esquemático entre un Real inacabado y un espíritu en devenir".

Acumula testimonios de Heisenberg, De Broglie,

Bachelard y otros, que le permiten aseverar que "ya no será el universo en sí el objeto de estudio, sino su modo de entregarse en las experiencias las cuales implican perturbaciones que De Broglie califica de "desconocidas e incontrolables".

Las proposiciones seleccionadas por Granell entre los físicos creadores están, sin duda, implícitas en la filosofía de la razón vital. Culmina el recuento con lo expresado por el físico teórico japonés Satosi Watanabé, cuya cosignificancia con los postulados de Ortega es asombrosa. En un trabajo publicado por este físico en la *Revue de Méthaphisique et de Morale,* el año 1951, se halla este párrafo del más puro corte raciovitalista: "La existencia de la materia se hace posible por la existencia del espíritu, y la existencia de éste por la existencia de aquélla. Decir que el acto de observación, siendo una intervención recíproca del espíritu y de la materia, traza un rasgo de unión entre ambos, no es bastante para expresar su papel. Más bien habría que decir: el acto de observación es un agente generador que da, de golpe, nacimiento a estas dos realidades. La observación, tomada en su sentido más general, significa la observación de la conciencia; *es la vida misma. Es algo que preexiste al sujeto y al objeto,* al espíritu y a la materia".

Estamos frente a los reflejos, precedencias y coincidencias que la meditación de los científicos más eminentes tiene en la obra del maestro de Madrid. La ciencia coincide con la filosofía en aceptar que la realidad "se entrega en función de la variable del preguntar".

El ensayo de Granell es de los más brillantes que se han escrito sobre un tema orteguiano. Está realizado con toda la destreza que impone la peculiar dificultad del tema. En conclusión, el ensayista considera que el concepto de vida de Ortega "puede ser aceptado, en rigor, como sorprendente ejemplo de átomo": yo y circunstancia, corpúsculo y onda, naturaleza e historia.

En el tomo VIII de *El Espectador* hay unas páginas, rara vez comentadas, a las que Ortega dio el título engañoso de *Revés de almanaque.* Allí leemos lo siguiente:

"Si el físico hubiese reflexionado más sobre el atributo de indivisibilidad que otorgaba al átomo cuando lo bautizó así habría, desde luego, llegado a la física actual intraatómica. Porque se habría preguntado: ¿Qué significa *en física,* 'indivisibilidad'? En física no hay cualidades muertas y puramente geométricas. Todo atributo geométrico plantea a la física un problema dinámico. Lo que hace imposible la indivisibilidad del átomo no es su tamaño, sino fuerzas en él que resisten a la división. El carácter externo de la indivisibilidad postula un carácter interno dinámico, y, por tanto, una pluralidad interior. Con razón dice Bertrand Russel que no es lo sorprendente haber llegado a la física actual, sino más bien no haber llegado a ella antes"[3].

Se trata de un texto de 1930 que sorprende a Granell no sólo por su acierto sino por su ubicación en lugar tan poco concurrido de la obra. Añade que este rasgo le parece muy típico en el filósofo.

3

ANDRÉS ORREGO MATTE

El pensamiento histórico, político y económico del Conde de Campomanes, por Ricardo Krebs Wilckens, del Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales (U. de Ch.). Edición de la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1960

La obra que comentamos, aparecida a fines del año pasado, es una contribución de indudable importancia para los estudios de Historia de España y de América hispana. Porque si bien la figura de Pedro Rodríguez de Campomanes es de sobra conocida por su destacada actuación política, que culmina como presidente del Consejo de Castilla durante el reinado progresista de Carlos III, su obra literaria no es tan divulgada, quizás, porque como establece Ricardo Krebs en las conclusiones del estudio que reseñamos, "al examinar su labor literaria, extraordinariamente abundante, es preciso admitir que sus escritos carecen, en general, de belleza formal y de profundidad conceptual. El estilo es pesado, hay frecuentes repeticiones, a menudo falta una disposición clara, las ideas desarrolladas son sencillas y aun simples. Como pensador, Campomanes no se puede comparar con las figuras más sobresalientes del siglo XVIII español, Feijóo y Jovellanos. No obstante estas deficiencias y limitaciones, el lector actual queda impresionado, al igual que en su tiempo los contemporáneos, por la inmensa erudición y la universalidad de los conocimientos e intereses de Campomanes. En efecto, su obra cubrió casi todos los campos de la realidad pasada y presente, desde la cronología de la época visigoda hasta los métodos de la hilandería, desde la metafísica aristotélica hasta los medios para combatir la vagancia y mendicidad. Su cultura universal y sus actividades polifacéticas evidencian a Campomanes como un hijo auténtico de la época de la Ilustración".

Este aspecto de Campomanes, "hijo auténtico de la Ilustración", tanto en sus hechos como en sus ideas expresadas a través de sus escritos, es el que nos parece magistralmente presentado y subrayado en la obra de Ricardo Krebs.

---

[3] *El Espectador.* Madrid, 1943. Pág. 1029.

Se trata de la "Ilustración en España", muy peculiar dentro de lo que se entiende generalmente por esta corriente de pensamiento. Como dice Krebs, "la tendencia más importante que constituye el eje en torno del cual giran el pensamiento y la acción de Campomanes es el apasionado deseo de levantar a España de su decadencia y conducirla a nueva grandeza. Esta obra debe ser realizada por la monarquía, la cual debe apoyarse, por una parte, en sus elementos tradicionales y, por otra, en las nuevas ideas que han surgido allende los Pirineos y a las cuales deben Inglaterra y Francia su prosperidad y progreso. Esta combinación de monarquismo e ilustración convirtió a Campomanes en representante y servidor del despotismo ilustrado, de cuya acción esperó el renacimiento español".

Vemos así que en Campomanes y con él en el movimiento ilustrado español se produce una singular alianza de elementos aparentemente auténticos. La monarquía tradicional es la encargada de llevar adelante las reformas inspiradas por las nuevas ideas de corte racionalista y liberal. Asistimos así al curioso fenómeno de como en España la tradición histórica no se dejó aventurar por el huracán de las nuevas ideas.

Tenemos, por un lado, a un pensador profundamente arraigado en la tradición nacional. Como dice Krebs, "cierto que dirigió violentos ataques contra los errores cometidos en otros tiempos y contra una tradición anquilosada y estéril. Pero no renegó de la tradición nacional, sino que, por el contrario, sintió un inmenso orgullo por las glorias de España en el pasado. La tradición poseyó para él vida y permanente actualidad y configuró rasgos esenciales de su pensamiento. Su cultura general y su inmensa erudición se basaron en gran parte en los propios autores españoles de los siglos precedentes. El elemento histórico y tradicional determinó, en gran parte, sus concepciones políticas y jurídicas".

Pero, junto a esto, "...Campomanes comprendió claramente que la propia tradición española no proporcionaba todas las fuerzas e ideas que se necesitaban para emprender la renovación de España y se esforzó por abrir al país a la influencia extranjera y por establecer contactos con el resto de Europa".

"Campomanes recibió ante todo la influencia de la cultura eclesiástica francesa del siglo XVII y de las ramificaciones que ésta tuvo durante el siglo XVIII en los distintos países católicos de Europa. El método histórico-crítico, la reacción contra el escolasticismo y aristotelismo, el interés por la iglesia primitiva, el Biblismo y la Canonística, el goticismo, el cultivo del derecho nacional y de la lengua vernácula, el rigorismo moralista, la reacción contra la superstición y las devociones populares, el nacionalismo regalista, la oposición radical al curialismo ultramontano y teocrático, la defensa del derecho divino de los reyes, el antimonasticismo y la crítica de la riqueza excesiva del clero: todas estas tendencias tienen su fuente principal en la cultura eclesiástica francesa y en el galicanismo...".

"Al lado de estos elementos arraigados en la tradición cultural religiosa se destacan en el pensamiento de Campomanes un cierto racionalismo y un marcado utilitarismo, más propios de la ilustración racionalista del siglo XVIII. Estas tendencias determinaron su actitud frente a las ciencias, la técnica y el progreso económico e influyeron en sus concepciones sociales. Frutos de ellas fueron su visión secularizada de la historia, su identificación de la felicidad con el bienestar, su convicción de que el gobierno tenía la función de promover racionalmente el engrandecimiento del Estado y contribuir a la felicidad de los súbditos, su opinión de que los órdenes sociales debían justificarse por su función socialmente útil, su entusiasmo por la economía política y las ciencias en general, su reacción contra los gremios y su defensa de la libertad de comercio".

"En el pensamiento de Campomanes se combinan, pues, distintas tendencias, correspondientes a diferentes corrientes culturales. Esta complejidad impide reducir su pensamiento a una fórmula esquemática, y sería tan falso desconocer los elementos nuevos como calificarlo abstractamente de "iluminado" o "racionalista". Lo específico es justamente la combinación de las distintas tendencias".

"Esta complejidad del pensamiento de Campomanes hace ver la gran dificultad que existe para caracterizar la cultura española del siglo XVIII".

Ricardo Krebs nos presenta así en sus líneas generales, clara y sobriamente, el apasionante problema histórico que se desprende de la acción política y la obra escrita del Conde de Campomanes: el de la recepción por un medio tan peculiar como el de España, de las cosmopolitas ideas de la Ilustración, que vienen de "allende los Pirineos".

Sin embargo, el autor nos precave contra un entusiasmo excesivo en este sentido cuando advierte: "...Conviene señalar, sin embargo, que entre algunos autores existe la tendencia de ver en la Ilustración cristiana un fenómeno específicamente español, de limitarla a España y de contrastarla frente a la Ilustración racionalista y antirreligiosa del resto de Europa...".

"Al respecto cabe advertir que el complejo fenómeno histórico que han sido designado como "ilustración cristiana" se nutrió fundamentalmente de la cultura francesa del siglo XVII. En el siglo XVIII, el movimiento se extendió por todos los países católicos, por Alemania, Austria, Polonia, Italia, España y Portugal. Las ideas básicas elabo-

radas en Francia se combinaron en cada país con la propia tradición nacional a la vez que, en un complejo proceso de defensa, reacción y asimilación, se produjo la mezcla con las nuevas tendencias de la Ilustración racionalista . . .".

"El Iluminismo cristiano en España no constituyó, pues, un fenómeno exclusivo o aislado, sino que formó parte de un movimiento general europeo. Para precisar sus características, no basta con afirmar de una manera general que fue "ilustrado" y "cristiano", sino que se deben señalar los elementos concretos que lo distinguen, determinar su origen y analizar sus distintos matices".

Y termina diciendo Krebs: "Cabe preguntar, finalmente, si Campomanes logró conciliar definitivamente los distintos ingredientes que integran su pensamiento".

"Al respecto, debe señalarse que los distintos elementos aparecen juntos, sin chocar, pero sin que estén reconciliados armónicamente. Coexisten eclécticamente, pero no constituyen partes integrantes de una visión general de la realidad. Campomanes reconoció la validez de los dogmas e hizo profesión de su fe católica, a la vez que recogió tendencias esenciales del pensamiento crítico de la Ilustración. No se percibe entre estos elementos ninguna oposición manifiesta. Campomanes no aplica el análisis racionalista al fenómeno religioso, ni utiliza argumentos religiosos para refutar las pretensiones de la ciencia. Pero tampoco se nota el esfuerzo por reconciliar efectivamente el ámbito de la razón con el de la fe".

"Al usar el concepto "cristianismo ilustrado" para caracterizar el pensamiento de Campomanes, debe tenerse presente, pues, que con ello se designa la simple combinación ecléctica de distintos elementos. No se trata de una racionalización de la religión ni de una cristianización de las tendencias iluministas. Es una yuxtaposición, pero no una verdadera síntesis."

Vemos así subrayado que Campomanes no fue un pensador consecuente, que llevara "el carácter problemático que revestían las relaciones entre la tradición religiosa y la nueva cultura filosófica científica" hasta sus últimas consecuencias. Como dice Krebs: ". . . en el caso de Campomanes puede señalarse como característica esencial un simple eclecticismo y la falta de una conciencia de la problemática".

". . . No cabe duda que este eclecticismo fue bastante fecundo y que produjo efectos históricos importantes".

Señala el autor del estudio que comentamos que: "Sin embargo, no se deben desconocer las limitaciones de la simple combinación ecléctica de tendencias distintas y aun contradictorias".

"El factor religioso aparece en el pensamiento de Campomanes, a menudo, como fuerza meramente tradicional y sentimental y, a veces, aun como simple ideología, de modo que no inspira la acción social y económica. Las nuevas ideas, a su vez, carecen de base filosófica general, revisten una cierta pobreza teórica y se mantienen en la superficie. El eclecticismo hace que ninguna de las tendencias se cumpla en su integridad".

Y finalmente, el profesor Krebs sienta conclusiones históricas importantes al decir: ". . .En el supuesto de que el pensamiento de Campomanes sea bastante característico para la Ilustración española en general este eclecticismo explicaría, por lo menos en parte, por qué no se produjo en España una renovación religiosa tan profunda y fecunda como la que se preparó en Francia o Alemania, ya en los fines del siglo XVIII, y, por qué tampoco la Ilustración se haya realizado en España con la misma intensidad como en algunos otros países europeos".

"Los escritos de Campomanes no proporcionan argumentos para repetir la opinión que antes se solía tener del siglo XVIII español, o sea que en el siglo XVIII se hubiesen producido la ruptura y la pugna abierta entre la tradición cristiana y la moderna cultura racional. Campomanes no se identificó con una o otra tendencia, sino que recibió la influencia de ambas. La combinación de estos elementos puede ser designada como "ilustración cristiana". Sin embargo, al usar este concepto, debe tenerse presente que con él no se designa una síntesis armónica, sino una simple yuxtaposición ecléctica de la antigua cultura eclesiástica y teológica y la nueva civilización racionalista secularizada".

Situado el asunto de esta manera general, Ricardo Krebs nos conduce a través de 279 páginas por la profusa obra del político español que comentamos. Ha ordenado todo lo que se deduce de sus escritos a través de algunas nociones o pensamientos básicos, a saber:

El pensamiento histórico, distinguiendo entre la historia erudita y la historia como instrumento político.

El pensamiento político, con un acápite sobre el Estado y otro sobre Estado e Iglesia.

El pensamiento económico, que al decir de Krebs es el aspecto más original de la obra de Campomanes, siendo analizado exhaustivamente a través de 100 páginas.

Queda así ordenado el pensamiento de Campomanes, muy difícil de coger a través de su propia obra, por los factores que ya señalamos al comenzar esta reseña, de una manera magistral, como ya dijimos antes. Y usamos esta expresión sin hipérbole de manera objetiva. Porque lo que más destaca en la obra de Ricardo Krebs son sus condiciones de maestro. No en vano regenta la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea en las Universidades de Chile y Católica.

Junto a una expresión literaria limpia y fluida tenemos claridad de exposición, objetividad, buena ordenación de las materias, una continua ubicación de los asuntos dentro de la problemática histórica general. Estas son características que destacan en la obra que comentamos y que es la primera de envergadura científica de este autor. Estos rasgos hacen de ella una obra que se lee con agrado y gran provecho.

A través de los diversos aspectos del pensamiento de Campomanes que señalábamos antes, Krebs nos muestra cómo el espíritu del político español, en tensión ecléctica entre posiciones encontradas, va allanando los obstáculos teóricos y prácticos para su acción. Y podemos asegurar que la empresa resulta apasionante e incitadora, ya que el dilema de Campomanes mucho tiene que ver con nuestros tiempos, en que ya sea como políticos o como intelectuales debemos saber distinguir y cautelar con finura, como creemos que supo hacerlo Campomanes, lo tradicional y propio, de lo importado y foráneo.

4

CLAUDIO COSTA

Anales Chilenos de Historia de la Medicina (1959 y Primer Semestre de 1960. Editorial Educación para la Salud. Santiago)

Tenemos a la vista los dos primeros números de esta nueva publicación, única en Chile sobre la materia, que impresiona —aun antes de hojearla— por la sobria elegancia de su presentación. Bajo el título, en prestantes caracteres de tipo renacentista, ocupa toda la portada el busto de Hipócrates; y nada más, que pudiera recargar —y por tanto, destruir— su serena belleza.

El contenido promete pareja pulcritud. A casi 400 páginas monta el primer número, que compila los dos tomos de 1959; y a cerca de 250, el segundo (primer semestre de 1960). Tipografía, ilustraciones e impresión excelentes, son sus caracteres organolépticos. En cuanto a su peso específico, los editores han procedido también con criterio depurado.

Honra a la cultura del país, en particular a la médica, que nombres prestigiosos como técnicos hayan extendido sus estudios, con igual eficacia y seriedad, al desarrollo del pensamiento médico chileno en el pasado: ellos, a quienes tanto debe en el presente. Como en todas partes, la Historia de la Medicina es predilección selecta: recuérdese, por ejemplo, a Osler, Cushing, Putti, Fulton y White.

En el primer número, Emiliano Armijo —bacteriólogo chileno a quien la NU encargó la organización de la planta de penicilina de Pakistán— escribe sobre *La contribución de Fleming a la Microbiología*. La erudición, animada de perspicacia científica, convierte a este ensayo en un programa para futuras investigaciones experimentales, pues plantea los problemas pendientes y anticipa sus posibles soluciones. Ignacio González Ginouvés —decano que fue de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción, miembro académico de la de Chile y eximio cirujano— se vale de dos viejas fotografías (una lección operatoria del profesor Barros Borgoño en 1901, y otra en 1902), para comentar lo que era *Un pabellón quirúrgico del 900*, lo que fue antes y lo que ha sido después. 17 láminas ilustran este trabajo, y de ellas se colige la evolución del quirófano a través de las épocas. Otro cirujano, Adolfo Reccius, igualmente conocido por sus libros acerca de la Historia de la Cirugía abdominal y de la torácica en Chile, narra su experiencia —su aventura— con el primer caso de apendicectomía publicado en el país (Olof Page, 1894). A Reccius le tocó en suerte, muchos años después, reoperar al mismo enfermo por otra afección abdominal; y aprovechó la oportunidad para explorar la región apendicular, en la que, efectivamente, faltaba el apéndice, que Page había extirpado. Gregorio Lira, clínico notable, emprende la arriesgada tarea de instalar a *El Padre Feijoo en el pensamiento médico de España;* tanto más arriesgada, cuanto que Marañón dedicó un libro a igual propósito. Pero Lira, en páginas prietas, ha triunfado; pues suya —no cabe duda— es la versión que da de la obra revolucionaria del monje crítico. Joaquín Díaz González, ex embajador de Venezuela en Chile, comenta *El Papiro quirúrgico de Edwin Smith*, vetustísima instancia de la Medicina científica (su antigüedad puede calcularse en 5.000 años), según la cual los pacientes eran estudiados y tratados de acuerdo a una concepción naturalista y a un plan racional, que contiene el esquema de la semiología quirúrgica de nuestros días. Hay, además, en el Papiro de Smith una clara alusión a la simultaneidad de los latidos cardíacos y del pulso arterial, de suerte que constituye el primer jalón en la historia de la circulación de la sangre. Enrique Laval, el más ilustre de los historiadores chilenos de la medicina, antaño y ogaño, trata de los *Médicos de piratas, corsarios y contrabandistas en Chile*. Desde las correrías de Drake, Winter, Cordes, L'Hermite, Sharp, Rogers y Dover —el médico y corsario, autor de los celebérrimos polvos contra la diarrea, quien personalmente rescató de Juan Fernández a Selkirk (Robinson Crusoe)—, hasta la desgraciada expedición de Bunker, en las postrimerías de la Colonia, y otras más, en los albores de la República, vienen relatadas en forma que despierta un interés tan acuciador como el de las novelas de aventuras. Y no es esto sólo: Laval rectifica varios errores históricos, consagrados a fuer de repetidos, sobre aquellas incursiones.

Por nuestra parte, hemos tratado de seguir su ejemplo. La necesidad de restablecer la verdad nos incitó a estudiar la personalidad y la obra de un médico chileno absolutamente desconocido, Ramón Araya Echeverría, creador de la electroanestesia en 1882. Como problema práctico, el asunto es de reciente actualidad. Los autores extranjeros atribuyen su paternidad al fisiólogo francés Esteban Leduc; pero he aquí que sus investigaciones son posteriores a las de Araya en veinte años. Hasta el nombre de electroanestesia le pertenece. Creemos haber demostrado en nuestra publicación, con pruebas documentales, y aun experimentales —pues reprodujimos la electroanestesia en el gato con el instrumento original de Araya—, la justicia de su reivindicación. En torno del tema —que es tema chileno— desarrollamos algunas variaciones, a saber: la historia de la electricidad médica, particularmente en cuanto terapéutica psiquiátrica; y como contrapunto, la psicoterapia, la hipnosis, el parto sin dolor, la anestesia por gases, la cremoterapia y la hibernación. También dedicamos un capítulo a la "resurrección" quirúrgica, porque la electricidad es el único procedimiento eficaz para combatir la fibrilación ventricular.

En la Sección Documentos Nacionales, se transcribe la *Alocución* pronunciada por Guillermo Blest en la inauguración de los cursos de Medicina del Instituto Nacional, en 1833. Esta pieza, magistral por la hondura y por la sencillez, destaca los valores morales a los que siempre ha rendido culto la profesión médica chilena.

Dos discursos de Pío XII, uno sobre *La Medicina en la Historia* (pronunciado en el XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, en 1954) y otro, sobre *Problemas éticos de la Medicina* (el mismo año, en la Asamblea de la Asociación Médica Mundial), enriquecen la sección Documentos Internacionales. Van precedidos por una lista de todos los escritos de Eugenio Pacelli atingentes a la Medicina. Huelga insistir en su importancia.

Simpática y refrescante es la evocación de los que en Chile han dictado cursos —o cursillos— de Historia de la Medicina: Cristóbal Martin, ya fallecido, que enseñó en Concepción; Juan Marín, hoy funcionario de la NU en los Estados Unidos; Armando Roa, actual catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Chile, pero que lo fue de Historia de la Medicina en la Católica, y Bernardino Piñera, médico, y ahora obispo de Temuco. Mención aparte merece Jorge Federico Nicolai, prócer de la electrocardiografía y de la libertad del pensamiento, quien pasa en Chile su gloriosa senectud. No se incluye a Castiglione, ni a Laín Entralgo, y sí sólo a los de casa; a todos, tampoco. Aquellas golondrinas no hicieron verano. Se echa de menos la asignatura. Está creada la cátedra, pero no ha sido provista. Y es tanto más extraña esta renuencia, cuanto que la Facultad ni siquiera necesita llamar a concurso para proveerla, pues tiene en su propio seno a la persona idónea. Es de cajón: que la proclame. ¿Quién, como Enrique Laval, ha consagrado cuarenta años de su vida a la Historia de la Medicina patria? Allí están sus obras; y no sólo sus libros: a él también se debe la creación de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina y la organización del Centro de Investigaciones de la Universidad de Chile, cuya dirección sirve ad honores. Opimo fruto de su estímulo y del interés que suscita en los demás, son los Anales.

El editorial del número correspondiente al primer semestre de 1960 abunda sobre la materia: comienza por manifestar que si la "omisión de la enseñanza de la Historia de la Medicina se justificaba cuando todavía nuestro medio no había adquirido madurez cultural, hoy es falta que se hace sentir. Hablamos de humanizar la Medicina y de que los médicos deben ser humanistas al par que científicos. La historia es el principal vehículo de la cultura humana; sin conocimiento de la historia no puede haber verdadera cultura". Reconoce el editorialista que al crear el Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina, la Universidad de Chile ha dado el primer paso importante en favor de su estudio. En justicia, la iniciativa pertenece al Rector, Juan Gómez Millas, quien —ante una solicitud del directorio de la Sociedad de Historia de la Medicina para financiar sus publicaciones— expresó a sus personeros el deseo de crear un Centro de Investigaciones bajo su patrocinio. Y el Centro se creó. Cuenta con personal especializado, con biblioteca y microfilmoteca, y con material para demostraciones; amén del Museo, formado por Laval, y del jardín de plantas medicinales chilenas, que él, personalmente, cultiva. El Centro se incorporó a la Facultad en 1959.

El sumario del segundo número de los Anales no desmerece del primero. Espíldora Luque, en una síntesis tal vez algo apurada para la obra ingente de Gregorio Marañón, tributa homenaje a su memoria. Una investigación antropológica, emprendida en la región de Puerto Saavedra, y motivada por la noticia de un supuesto sacrificio humano consumado en el reducto indígena de Collileufu, a raíz del cataclismo de 1960, da pie a Ingeborg Lindberg y sus colaboradores para estudiar *Algunos aspectos de la vida material y espiritual de los araucanos del Lago Budi*. Hay en este trabajo datos inéditos de sumo interés, como la técnica de embalsamamiento de los cadáveres y los relacionados con los sacrificios humanos y la participación de la machi. El curioso *Proceso de los brujos de Chiloé*, incoado en 1880, complementa las indagaciones de Ingeborg Lindberg; aquél y éstas arrojan luces sobre las creencias de nuestros aborígenes antes y después de la transculturación europea. La

semblanza de Manuel Barros Borgoño —quien murió siendo Rector de la Universidad—, hecha por uno de sus descendientes, Carlos Orrego Barros, es de una veracidad que, probablemente, acarreará disgustos a su autor. Alfonso Asenjo, pionero de la Neurocirugía, exhibe su versatilidad: con soltura se pasea por la Historia de México al tratar de *Hernán Cortés y el Hospital de Jesús.*

El material acumulado para conmemorar el sesquicentenario de la Independencia es tan copioso, que ha sido necesario desglosarle una parte y anticiparla en este número de los Anales. El volumen especial (segundo semestre de 1960) se halla en prensa, y daremos oportuna cuenta de él. Sin referirnos a las secciones bibliográfica y noticiosa, el tomo del primer semestre del 60 compila, además de los trabajos ya reseñados, los panoramas de la evolución histórica de la Embriología, de la Medicina Legal y de la Obstetricia en el país; los dos primeros, a cargo de los catedráticos respectivos: Eugenio Lira y Jaime Vidal Oltra; el último, a cargo de Enrique Laval: abarca desde la atención del parte entre los aborígenes (atacameños, araucanos, alacalufes, onas y yámanas), y se detiene en la Historia de la Maternidad del Hospital del Salvador, hasta agotarla. En el párrafo final, su autor invita a otros, "con un conocimiento más exacto", a completar la Historia de la Obstetricia en Chile. Ojalá se cumplan sus deseos; no por lo que a este solo capítulo se refiere, sino para que el ejemplo del maestro fructifique en sus discípulos. El maestro es un creador más allá de sí. Se da la rara circunstancia en este caso, de que siendo la Historia de la Medicina una disciplina nueva entre nosotros, los discípulos se hayan reclutado entre gente formada. Es, ciertamente, una disciplina de la madurez; pero, para avanzar, exige contingentes de refresco. A propósito, en este mismo volumen se lee la lección inaugural, dictada hace cerca de 30 años por Juan Marín; se lee con agrado, por su calidad; y con nostalgia, por el malogro de la idea, entonces patrocinada por Lucas Sierra, el maestro: implantar la enseñanza de la Historia de la Medicina en nuestra Escuela. Era viable la idea. Sólo le faltó clima propicio. Clima propicio es madurez, madurez cultural. Hoy, sigue viva, y, a juzgar por los Anales, el clima se ha creado ya. Vivirá. Así sea.

5

JUAN VILLEGAS M.

El Unamuno contemplativo, por Carlos Blanco Aguinaga. FCE, El Colegio de México. México, 1959, 298 págs.

La bibliografía acerca de don Miguel de Unamuno se hace más extensa cada año. A los estudios ya famosos de Sánchez Barbudo, Julián Marías, Serrano Poncela, Carlos Clavería, David García Bacca, François Meyer, etc., es preciso agregar el sugeridor libro de Blanco Aguinaga. Los críticos han incidido primordialmente en una dimensión de su personalidad, en el Unamuno luchador, sustentador de contrarios, original, incitador, preocupado por la temporalidad y la "situación límite" de la muerte. En otras palabras, el *Unamuno agónico.* El señor Blanco Aguinaga intenta demostrar la existencia de otro Unamuno, tan importante y significativo como el anterior.

"Ni esta agonía, interpretada bien o malintencionada, ni el estilo de que tanto se ha hablado, agotan la compleja personalidad y la compleja obra de Unamuno. Quedarse sólo en la agonía de Unamuno, por más real que sea o por mucha importancia que tenga en la historia del pensamiento moderno, es hacer caso omiso de algunas de sus obras más personales y que él más quería; es quedarse para siempre en la leyenda" (pág. 30).

El postulado inicial es que la personalidad del autor de *El sentimiento trágico de la vida* está formada por dos facetas alternantes y contrarias. Una es la citada con anterioridad; la otra, la que el autor denomina "actitud contemplativa", y que caracteriza como el predominio de voluntad de paz, de esencia, de eternidad, de intrahistoria e inconsciencia. El Unamuno contemplativo representa la tendencia a cobijarse en todo aquello que *no* es Historia. Blanco Aguinaga sustenta que este Unamuno está presente en su producción literaria desde sus creaciones juveniles hasta los últimos años en Salamanca.

Para demostrar lo válido de su aserto dedica el capítulo II (págs. 31-96), a una síntesis de lo que desarrollará posteriormente. En él, expone sus postulados y analiza *En torno al casticismo, Paz en la guerra y Nicodemo el fariseo.* Finaliza el capítulo con un breve examen de la frecuencia del tema propuesto en la producción unamuniana después de 1900.

El libro en su segunda parte se estructura de modo diferente. No se analizan las obras en forma sucesiva sino que ellas se consideran en función de ciertos temas y motivos. Si en la primera parte hemos de encomiar la fineza e intuición para captar y explicitar importantes aspectos de *Paz en la guerra* y *En torno al casticismo,* en la segunda, es preciso puntualizar el profundo conocimiento que el autor tiene de don Miguel de Unamuno, la profusión de sus lecturas y el acierto al ordenar sus ideas de acuerdo a ciertos símbolos muy bien elegidos.

La tendencia del Unamuno contemplativo se expresa a través de la idea de la niñez, el refugio en la familia, la madre, el "sueño de dormir", las "canciones de cuna", la naturaleza, el mar, el agua, la luz difusa, etc.

Nos parece que los símbolos y motivos[1] comentados por el señor Blanco Aguinaga linealmente, uno después de otro, pueden constituir dos grupos vertebrados en sendas ideas centrales. El primero se regiría por la *idea de la niñez* (que el mismo autor califica como "el punto de partida"). La niñez de Unamuno constituye "un manantial de vivencias no agónicas en el que, a lo largo de toda su vida, abreva su espíritu contemplativo" (pág. 105). La serie de "símbolos" estudiados en los capítulos III, IV y V implican sólo variaciones de la idea central mentada: Cuando don Miguel habla de su esposa la concibe como madre protectora que consuela al hombre-niño; el hogar representa a la vez a la vida familiar infantil; la madre es "fundamentalmente, su regazo, el refugio primero y último en que el hombre se entrega al *buen sueño* de dormir" (pág. 134). Lo mismo sucede con la "entrega al sueño de dormir" y las "canciones de cuna". No son la niñez misma, pero sí símbolos de ella.

La segunda idea totalizadora es la de la *Naturaleza*, concebida desde su ser contemplativo, como soledad, silencio, inmutabilidad. Constituye la vértebra de los temas tratados en los capítulos VI, VII y VIII: "Soledad y silencio de la naturaleza"; "La naturaleza *inmoble*: la eternidad revelada en el paisaje"; "La naturaleza, refugio de paz y de descanso"; "El silencio de la naturaleza, presencia de Dios"; "La naturaleza, regazo para perder la conciencia"; "El mar"; "La lluvia y la nieve"; "Los atardeceres y el alba"; "El otoño"; "La noche estrellada y la luz de la luna".

Este largo estudio acerca de "motivos" de la naturaleza en la obra unamunesca, valiosísimo para demostrar la tesis de Carlos Blanco, nos muestra un aspecto poco comentado de la narración unamuniana. Los críticos, preocupados de la novela existencial de nuestro autor, han afirmado como premisa irrecusable la inexistencia de la naturaleza en sus novelas. Tesis, sin duda, válida para *Niebla, Abel Sánchez, Amor y Pedagogía* o *La Tía Tula*. Blanco Aguinaga nos revela la continua inmersión en el paisaje de los personajes de *Paz en la guerra* o del propio Unamuno ensayista.

Nos parece de gran interés el vínculo que establece entre el Unamuno que él estudia y el famoso vocablo acuñado por el propio Unamuno: la *intrahistoria*. Los relaciona en diversos momentos. Desarrolla con más detalle y latitud el enlace en "La revelación de la Naturaleza aplicada a la Historia. Sobre el significado más extenso del concepto de intrahistoria" (págs. 182-220).

[1]Aunque el autor usa el vocablo "símbolos" para donominar las situaciones descritas, creemos que en algunos casos se trata de "motivos" y aun de "leitmotiv" en el sentido que estas expresiones tienen en W. Kayser *(Análisis e interpretación de la obra literaria)*.

De este modo el autor demuestra su tesis dual: que existe el Unamuno contemplativo y que esta tendencia se expresa en todo el curso de su vida literaria.

Aunque se estudia sólo una de las tendencias fundamentales del Rector de la Universidad de Salamanca, se insiste en que ella no es la única: "El Unamuno contemplativo que aquí hemos estudiado, no suplanta, pues, a este agonista...; no lo viene a sustituir, sino que esperamos, lo completa para su mayor complejidad" (pág. 288). Agrega: "Quizá sea más importante para la Historia del pensamiento moderno el agonista, pero los dos eran igualmente importantes para *él* cuando lograba contemplarse dividido en dos" (pág. 288).

6

GUALTERIO LOOSER

Las plantas cultivadas en la República Argentina, por numerosos autores. 29 fascículos publicados. Buenos Aires, 1950-1959; continúa

El Instituto de Botánica del Ministerio de Agricultura y Ganadería argentino inició en 1950 esta obra importantísima, que deberá comprender en total 10 volúmenes. Se trata de una gran empresa y la dirección de la obra, con muy buen acuerdo, publica en fascículos independientes cada familia de plantas a medida que se terminan. Serán en total 185 fascículos, de los cuales ya han aparecido 29 que equivalen a un volumen muy grueso o, más bien, a dos. Falta todavía mucho para completar la obra; pero aun así presta ya enormes servicios, no sólo para la Argentina, sino también para nosotros en Chile, pues una gran parte de las especies tratadas se cultivan también aquí. Creemos, por tanto, muy necesario llamar la atención de nuestros botánicos, agrónomos, horticultores, etc., acerca de esta empresa, pues no hay nada que se le asemeje y tenemos que recurrir a obras europeas y norteamericanas, muchas excelentes, pero que no corresponden a nuestras condiciones.

En una obra hecha por muchos autores diferentes, es indispensable que haya método y un plan definido, para evitar desequilibrios e incongruencias. Estos requisitos se cumplen muy bien en *Las plantas cultivadas en la República Argentina*. Cada fascículo corresponde a una familia, o en casos excepcionales, de familias vastas, a una subfamilia, como las rosáceas-spiroídeas. Además de noticias de orden práctico, como cultivo, multiplicación, valor económico, vienen buenas descripciones de las familias, géneros, especies con claves, sinonimias, bibliografía, etc., y, lo que es de destacar, muy buenos dibujos originales de casi todas las especies.

Las familias que ya han sido publicadas son las siguientes, enumeradas según el orden de su publicación: fagáceas, ebenáceas, commelináceas, flacurtiáceas, loganiáceas, taxodiáceas, tiliáceas, ramnáceas, juglandáceas, araliáceas, apocináceas, lardizabaláceas, valerianáceas, calicantáceas, rosáceas-spiroídeas, plumbagináceas, tropeoláceas, cefalotaxáceas, esterculiáceas, celastráceas, araucariáceas, punicáceas, pitosporáceas, hamamelidáceas, caricáceas, dipsacáceas, bignoniáceas, papaveráceas y aceráceas. Los autores son los botánicos Dimitri, Milano, Marzocca, Molinari, Rial Alberti, Marthi, Barrett y Fabris.

Sólo es de desear que el Instituto de Botánica del Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Argentina pueda apresurar y dar término cuanto antes a esta obra tan útil.

7

CONSTANTINO JAIME BOURGADE

Conversación con el novelista español Sebastián Juan Arbó

En la actual novelística española, destaca con fulgar propio el catalán Sebastián Juan Arbó. "Trátase —escribe Federico Sáinz de Robles en *La Novela Española en el siglo XX*— de uno de los mejores narradores españoles de hoy, de los de formación más entera, de los que atesoran grandes dotes de penetración psicológica, de los que poseen intuición clara y certera de lo que debe ser la novela" (p. 200 y sigs.).

Nacido en 1902, Sebastián Juan Arbó comienza su actividad literaria en 1931, año en que se publicó su primera novela. Inicia, así, un largo y variado camino que aún no termina y que, es lo más interesante, todavía nos sorprende con recodos inesperados, acietos profundos y novedades valiosas. Se trata de un escritor de hoy, que vibra con las angustias y los problemas de la hora presente. Deja atrás su generación —pertenece a la de 1923— y se identifica, en una perfecta comunidad de destino, con Cela, Delibes, Goytisolo y los demás novelistas del momento actual.

Premio Nadal 1948 por su novela *Sobre las piedras grises,* Arbó tiene el mérito de ser uno de los primeros en cultivar el estilo tremendista en la literatura española actual. Cuando Camilo José Cela publicó en 1941 *La familia de Pascual Duarte* y sorprendió con su tremendismo, ya habían transcurrido siete años de la aparición de *Tierras del Ebro,* trágica novela de Arbó, preludio de las violencias y brutalidades que Cela nos muestra.

Sebastián Juan Arbó, empero, no se detiene sólo en la exhibición de las violencias y maldades humanas. Sufre por ellas y se apiada profundamente por la vida desgraciada que debe arrastrar el hombre sobre sí. Sufre ante el infortunio y el destino aciagos y, desesperadamente, busca la luz, la salvación, el amor, la conformidad. Este calor humano de Arbó es algo muy propio y sirve para diferenciarlo profundamente de los demás novelistas españoles de hoy. Su posición ante la Guerra Civil de 1936 es singularmente honda: sufre por España y por los españoles; para él, todos son hermanos que pugnan por destruirse. No será el derrotado el partido tal o el bando cual: la derrotada será España, aniquilada por la fratricida lucha. ¡Qué diferente es la actitud del personaje de Zunzunegui *(El hijo hecho a contrata),* fría, utilitaria, partidista, comparada con la de Juan Bausá, el personaje de *Sobre las piedras grises.* Sufriendo por todos, socorriendo a monárquicos y republicanos, lamentando la ceguera colectiva.

Escribe Ignacio Agustí en el prólogo a *La luz escondida:* "Sebastián Juan Arbó ha hecho con los personajes de sus novelas gentes de poco bulto y mucha profundidad, en la que se hunden, ocultan y abrigan las dimensiones todas del alma. Los hombres son como minúsculas entrañas del Universo. Por esto nos referimos a sus libros con destacada preferencia por esta ambición de un novelista, tan rara en nuestra literatura contemporánea, de hurgar, de perderse en el vértigo de las profundidades, de tender el nervio con la mano abierta, a todas las dimensiones, para arrodillarse después ante ellas, malherido de ternuras y de misterio".

En 1958 comencé a trabajar en mi Memoria sobre Sebastián Juan Arbó. A comienzos de 1959 tuve la oportunidad de viajar por Europa y, también, de poder conocer al referido novelista catalán. Después de una larga búsqueda, logré dar con su dirección y, aunque no lo encontré en su casa, pude hablar con él telefónicamente. Me explicó que con toda seguridad sería más fácil hallarlo en el Oro del Rhin, café de la Plaza de Cataluña, lugar de tertulia y de trabajo de él y de varios escritores. Al día siguiente, efectivamente, pude encontrarlo. De estatura mediana, rostro anguloso y cejas espesas, Sebastián Juan Arbó es lo que podríamos llamar el catalán típico. Rostro como tallado en piedra y ojos negrísimos y vivaces; contextura recia, gestos vigorosos, que explican el vigor y fuerza de sus novelas. Con voz muy ronca, afónica casi, me interroga sobre el porqué de mi afición por sus novelas; sonríe complacido e inquiere sobre Chile. Mas no se suelta a la confidencia: como buen catalán, se contiene siempre, como si desconfiara de algo. Puntualiza —antes que yo se lo pida— que por el momento no puede facilitarme alguna de sus obras que no he conseguido leer; pero lo hará más adelante. No hay apuro. Por

ahora, no podrá seguir conversando conmigo, pero me cita para la tarde, a otro café, el Salón Rosa.

En el nuevo café, mientras a nuestro alrededor chalaban expresivos parroquianos catalanes, pude recién entrar en materia. Previamente, me entregó tres hojas escritas a máquina en las que se refiere su vida y establece el orden cronológico de sus obras. Ante este pie forzado, la entrevista tomó un rumbo diferente al planeado:

¿Qué escritores han influido en Ud., señor Arbó?

—Cuando joven, trabajaba en una Casa francesa. Pude leer, así, autores como Balzac, Voltaire, los trágicos. Más tarde, aprendí italiano para leer al Dante y a Leopardi en sus lenguas. También desde muy joven he leído a los trágicos griegos, entre los que me impresiona Eurípides, por su humanidad. La literatura rusa ha influido en mí, en el asunto de la tierra: Dostoiewsky, Tolstoy. Blasco Ibáñez, con sus arrozales, influyó en *Tierras del Ebro*. También influye la literatura catalana: Oller, Víctor Catalá. Los clásicos españoles, Cervantes, la *Picaresca*. La generación del 98, sobre todo Baroja. La vida es otra influencia...

¿Tiene una explicación personal, de sufrimiento íntimo, esa amargura de sus libros?

—La amargura en la literatura es un fenómeno universal, hoy. Las guerras han impuesto dureza y tristeza en los escritores. Personalmente, yo escribo así porque me agrada. La vida me ha tratado no del todo mal. (Una sonrisa irónica acompaña a estas palabras.)

¿Por qué razón decidió Ud. escribir en castellano?

—Al cambio del régimen, se implantó el castellano como idioma oficial en Cataluña. Es un motivo. Por aquel entonces escribí *Cervantes*, mi primer libro en castellano. Sin embargo, la razón más poderosa fue conseguir más lectores. Escribir en catalán me limitaba sólo a Cataluña.

¿Cuál es la situacián de la literatura catalana actual?

—Ahora se escribe mucho en castellano, por las razones ya expuestas. Por esto, el movimiento de la novela catalana es relativo. Los escritores catalanes se han incorporado a la literatura castellana. Es el caso de Gironella, Espriu y varios más.

¿Qué diferencia esencial existe entre los novelistas catalanes y los del resto de España?

—Los novelistas catalanes son más realistas. Además, se preocupan poco del estilo, en lo cual se parecen a los vascos: como Zunzunegui.

Sin embargo, señor Arbó, Ud. se preocupa por su estilo...

—Bueno, es porque yo nací en una región que está más del lado de Aragón que de Cataluña. Hay más lectura de los clásicos castellanos, más contacto con la literatura castellana.

¿Qué opina de la literatura española actual y sus figuras?

—En general, predomina el realismo acompañado por un pesimismo marcado. El más conocido de todos los novelistas españoles actuales es Camilo José Cela por su estilo brillante. Parece realista pero es fantástico, pues transforma la realidad. En esto, se parece a Valle-Inclán. El brillo de su estilo es notable por su buen castellano, lo que se aprecia en su *Pascual Duarte*, lo mejor que ha escrito Cela. Gironella es más realista que Cela, pero le falta el vuelo de éste. El esfuerzo de *Los Cipreses Creen en Dios* le abrumó y está enfermo. Es la novela de más éxito de los últimos dos años. Zunzunegui es más de la copia que Cela; en cambio Ignacio Agustí está más cerca de Cela que Zunzunegui y Gironella, por su vuelo idealista. Carmen Laforet es también una magnífica escritora. Su estilo es fino, pero de tono realista porque es catalana.

¿Quiénes destacan, a su juicio, entre los jóvenes novelistas de hoy?

—Goytisolo, Castillo Puche, Sánchez Ferlosio, Miguel Delibes, Aldecoa. Muchos de ellos demuestran, como Goytisolo, inmadurez. Se encuentran entre el talento, la vocación y la inexperiencia. Más maduro es Sánchez Ferlosio. *El Jarama* lo revela como un excelente cultor de la objetividad en la novela. Aldecoa es excelente cuentista y buen novelista imitador de Cela.

¿Qué influencias advierte en estos novelistas jóvenes?

—Los jóvenes de hoy están formados en la corriente europea y americana: Sartre, Gide Faulkner, Steinbeck. También hay una nueva valoración de Pérez de Ayala, injustamente olvidado hasta hace poco.

¿Qué opina sobre la generación del 98 y su influencia en la literatura española posterior?

—La generación del 98 es de lo mejor que se ha producido en muchos años en la literatura española. De todos los escritores de esta generación, el que me gusta más es Baroja: por su humanidad. Además, es el principal creador de su generación. Azorín es muy alambicado. Es más ensayista que creador. Lo mismo Unamuno, pues ni sus novelas, teatro y poesía valen lo que sus artículos y ensayos. En sus novelas es muy frío y cerebral. Sus personajes no tienen vida propia porque es demasiado subjetivo. En fin, a medida que aparecían las obras del 98 las iba leyendo.

¿Y en cuanto a la influencia de la generación del 98 en la literatura española posterior?

—Influye en la generación nuestra de manera evidente.

¿Ud. se refiere a la generación del 23?

—Sí, la generación de García Lorca. Somos más españoles —Soler, yo, Gironella, Zunzunegui— por-

que estamos con el 98, contrariamente a los novelistas posteriores.

¿Por qué Ud. cultiva la objetividad en sus novelas, señor Arbó?

—Porque creo que el novelista no debe interpretar ni definir lo que ve. Los personajes, cuanto más aparte del novelista, mejor. Deben vivir su existencia sin la presión del autor.

¿Pero no le parece que la presión es inevitable, dado que el novelista es quien crea a sus personajes?

—Pues, claro. Es inevitable, pero no hay que forzarla. El autor debe crear personajes con ideas y sentimientos propios, con vida propia.

Refiriéndose a sus obras, ¿qué carácter tiene *L'Inutil Combat?*

—*L'Inutil Combat* se refiere a cosas de mi infancia. Cosas de fantasía que no he vuelto a publicar. Sobre este mismo asunto, espero publicar una obra este año.

Refiérase a *Tierras del Ebro,* señor Arbó. ¿Se trata de experiencia de su juventud?

—Sí. La vida en Tortosa, región dura y difícil. Escribí *Tierras del Ebro* cuando era muy joven. Me llevó cierto tiempo terminarla porque me había cansado.

¿Es verdad que *La Hora Negra* está prohibida en España?

—Sí, claro. Esta obra la escribí también muy joven y la publiqué, alrededor del año 1933, con el título de *Horas en Blanco.* Después he ido completándola, con trozos escritos en diversas épocas, hasta publicarla de nuevo con el título de *La Hora Negra,* en Argentina. Son apuntes de la calle, a los que he dado unidad.

Pero, ¿por qué la prohibición?

—Bueno... (comienzan las pausas). Por ciertas cosas que no cayeron bien...

¿Cosas que no cayeron bien al señor Franco?

—Así es.

¿Qué le parece el gobierno del señor Franco?

—Pues... (siguen las pausas). Prefiero no hablar de ello. No creo que interese en una entrevista literaria.

Entonces, hable sobre *Caminos de Noche...*

—*Caminos de Noche* sigue el clima tenebroso de *Tierras del Ebro.* En verdad, el éxito de esta última novela me llevó a escribir *Caminos de Noche.*

¿Escribió *La Luz Escondida* en un momento de depresión especial?

—Sí. Escribí el libro en instantes de amargura, apenas terminada la Guerra Civil. No hallé nada mejor que volver a mi niñez y juventud, para desahogarme. Recuerdos de mi niñez, de mi hermano muerto...

¿La biografía *Verdaguer* le fue encargada por alguna editorial?

—No, la escribí por propio interés. Leí sus *Cartas en Defensa Propia* y esto me impulsó. La vida de Jacinto Verdaguer fue trágica. Vivió apartado por una pelea con el Obispo y murió alejado de todo el mundo. Su sensibilidad y calidad, lo sitúan entre los grandes poetas que ha producido España.

¿Sucedió lo mismo con *Cervantes?*

—La biografía de Cervantes la escribí por encargo de la editorial del Zodíaco; pero mi interés por él venía de antes. Cervantes es el más grande escritor que ha producido España. Los tipos humanos son fabulosos en él. Su vida es apasionante y dramática como pocas.

¿Cómo explica el terrible dramatismo de *Tino Costa?*

—*Tino Costa* simboliza el fracaso de los ideales. Los ideales de la niñez no se cumplen. *Tino Costa* es la amargura y la lucha desesperada por lograr el ideal. Es la lucha inútil contra el destino fatal, que todo lo somete. Es también el esfuerzo por vencer al destino y la terrible por huir, sin saber hacia dónde. Meta de libertad que se ignora donde está. Pero la cosa es salir, escapar a cualquiera parte: no importa el lugar, ni interesa tampoco.

¿Es la culminación de *Tierras del Ebro* y *Caminos de Noche?*

—Sí. El mismo clima tenebroso, pero en *Tino Costa* no hay salvación posible. Es mi novela preferida, quizás porque sufrí mientras la escribía.

¿A qué causa atribuye este afán suyo por huir del medio ambiente, tan patente en sus novelas?

—Me sale sin querer. Me sentía preso en Amposta, en su ambiente cerrado que me impulsaba a la liberación. Cuando pequeño, pensaba yo escribir y cambiar de ambiente...

¿Por qué ese cambio tan radical que significa *Sobre las Piedras Grises?*

—Después de *Tino Costa,* ya no me quedaron ganas de seguir en la senda tenebrosa. En *Sobre las Piedras Grises,* se trata de distinto ambiente y distinto objetivo. Fui, durante un tiempo, funcionario de la Diputación y de ahí saqué la vida de Juan Bausá. El propósito es satirizar a la burocracia, a los patrones, a los empleados.

¿Considera más satírica *María Molinari?*

—Desde luego, hay más sátira de los ambientes literarios de Barcelona, sobre todo el mundo nocturno. *María Molinari* nació de las tertulias nocturnas a que asistía antes. Es, por esto, real. Sus personajes frecuentaban esas tertulias y ahí los conocí.

¿Frecuenta Ud. ahora, el ambiente literario?

—Antes hacía más tertulia que ahora, aunque siempre me veo con todos. La verdad es que trabajo mucho y no me queda tiempo para la tertulia. De todos modos, aun en la época en que frecuentaba el ambiente literario, siempre me mantenía aparte. Observaba más de lo que participaba.

¿Qué opina de *Martín de Caretas?*

—No sé por qué la escribí. Había leído la *Picaresca* y escribí esta novela sin intención de hacer algo valioso. Un poco en broma, con experiencias de la vida en Tortosa y Amposta. Chascarros, anécdotas, sátira de los campesinos.

¿La última novela que Ud. ha escrito es *Nocturno de Alarmas?*

—Sí. No me satisface: la Guerra Civil es un tema con el que no trabajo a gusto. Incluso pensaba continuarla con una segunda parte, pero no lo haré.

¿Ha satisfecho su anhelo de viajar?

—Algo. Conozco casi toda España. También he viajado a París, después del Premio Nadal. Faltó poco para que fuera al Japón, pero fracasó el viaje. Podría intentarlo de nuevo, pero ya me siento viejo para ello.

¿Qué actividades desempeña actualmente?

—Formo parte del jurado del Premio Nadal, desde 1949. Igualmente, integro el jurado de la editorial Planeta. Ambos cargos me dan mucho trabajo y también mucho aburrimiento. Fuera de esto, colaboro con un artículo semanal en *La Vanguardia* y trabajo para la editorial Destino.

¿Está escribiendo nuevas obras, señor Arbó?

—Sí. Estoy escribiendo la novela rural *La Masía*, en catalán.

Vuelve Ud. al catalán...

—Sólo lo hago por tratarse de una novela rural. El catalán es un idioma directo y preciso. Además, se apropia mejor que el castellano porque he escuchado a los campesinos hablar en catalán. Entonces me sale más verdadero y fácil.

¿Proyecta escribir algo más?

—Estoy escribiendo también dos biografías: las de Oscar Wilde y Pío Baroja, en castellano. La idea de escribir una biografía de Baroja, nació a raíz de una Conferencia que di en el Ateneo de Madrid sobre el escritor vasco. Me entusiasmó por continuar con el tema y en otoño próximo espero publicar esta biografía. También publicaré próximamente *Gentes de la Tierra y el Mar*, que son relatos sobre recuerdos de mi niñez. En *L'Inutil Combat* y *La Luz Escondida* he hecho algo de esto. Acabo de terminar, también, la tercera parte de *Martín de Caretas:* en otoño próximo espero publicarla, junto con la segunda.

¿Cómo continúa *Martín de Caretas?*

—Martín y el abuelo se encuentran en Barcelona y ahora el que da lecciones y consejos es el nieto (amplia sonrisa). Es el más optimista de mis libros porque la moraleja es: si hay malos, hay buenos también. Esta novela me divierte y anima, y no me ha hecho sufrir, como las otras. Es una de las que menos me han cansado.

¿Se considera satisfecho de su labor literaria?

—Sí. A pesar de un comienzo algo difícil, he logrado abrirme un camino entre esta maraña de nombres que es la literatura actual. Incluso, ahora puedo vivir de la literatura, cosa que antes no soñaba con conseguir. Pienso seguir adelante, pues. En los próximos tres años voy a publicar más libros que en toda mi vida.

Ya van dos horas que conversamos y la entrevista llega a su fin. Nos levantamos de los asientos, mientras Sebastián Juan Arbó saluda, a diestra y siniestra, a cuanta persona se halla en el Salón Rosa. Ya afuera, nos despedimos con un apretón de manos y un "bona sort" sincero. Lo contemplo mientras se aleja por el Paseo de Gracia, hasta que las sombras de la noche lo hacen invisible.

8

SERGIO VILLALOBOS R.

El Epitome de Pinelo, primera bibliografía del Nuevo Mundo. Unión Panamericana. Washington, D. C. Mcmlviii

La Unión Panamericana, organismo cultural dependiente de la Organización de los Estados Americanos, ha comenzado un plan de publicaciones de interés para todos los países del continente, como una forma de expresar el nexo espiritual común. En 1955 dio a luz en una lujosa edición de gran formato, las actas de independencia de cada nación americana, publicación que corrió, igual que la que ahora comentamos, bajo la dirección de Javier Malagón.

Dentro de los proyectos de la Unión Panamericana entra el de publicar libros que se han convertido en piezas de museo y que muchos investigadores están impedidos de utilizar por su escasez o por encontrarse en bibliotecas de difícil acceso.

Una de aquellas obras es el *Epítome de la Biblioteca Oriental, Occidental, Náutica y Geográfica*, de Antonio de León Pinelo, y, a nuestro juicio, su reimpresión constituye un acierto, tanto por la utilidad que representa para los investigadores, como por constituir aquella primera bibliografía de América todo un símbolo de la cultura del continente.

León Pinelo fue un precursor del camino que, posteriormente, recorrerían con tanto éxito, valiéndose de métodos perfeccionados, Nicolás Antonio, Henry Harrisse, García Icazbalceta y, por sobre todo, el chileno José Toribio Medina, "el mayor bibliógrafo de la Cristiandad". No es del caso señalar los defectos de la obra de Pinelo o parangonarla con otras, sino que tan sólo de dejar establecido que, a pesar de haber sido superada, constituye siempre una fuente de la que el erudito puede

echar mano cuando se adentra en el conocimiento del siglo XVI y comienzos del XVII.

El autor fue hombre de grandes estudios y profundo conocedor de los problemas indianos, especialmente en lo que a leyes y administración se refiere. Nació probablemente en Valladolid y realizó allí sus primeros estudios; más tarde pasó a Buenos Aires y a Córdoba, trasladándose a Lima en 1612, donde cursó la carrera de jurisprudencia en la Universidad de San Marcos. Obtuvo allí el grado de bachiller en Cánones y Teología y el de licenciado en Derecho, titulándose, finalmente, de abogado en 1618. No le fueron ajenos tampocos los honores de la carrera universitaria, sirviendo la asignatura de Decreto en calidad de Catedrático interino.

Las experiencias que León Pinelo obtuvo en América, fueron decisivas en su formación espiritual, tanto por los estudios como por los viajes y los negocios administrativos que tuvo en sus manos.

A su regreso a España, hacia 1622, inició la elaboración de las que serían sus obras más notables. Por aquellos años estaba ya interesado en la preparación de una recopilación de leyes referentes al Nuevo Mundo y dio a luz, en 1623, el *Discurso sobre la importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales*, en que avanzaba las características que debía tener un trabajo de esa índole. Fue aquélla una de las primeras piedras en la magna tarea de la *Recopilación*, que le ocuparía durante toda su vida y que compartiría con Juan Solórzano Pereira.

La *Recopilación de Leyes de Indias* apareció en 1680, veinte años después de la muerte de León Pinelo; pero en ella hay que reconocer la labor paciente y meticulosa de aquél.

Varias otras obras ocuparon su pluma, entre las que cabe mencionar el *Tratado de confirmaciones reales de encomiendas, oficios y casos, en que se refieren para las Indias Occidentales*, escrito por orden del rey para que "le propusiese lo que por leyes, cédulas y ordenanzas reales está dispuesto y se practica en aquellas provincias"; también suele recordarse con curiosidad el grave problema teológico que dilucidó con el título de *Cuestión moral si el chocolate quebranta el ayuno eclesiástico*, en el que afirmaba, como garantía de su labor, "que de bulas y breves apostólicos, oráculos y declaraciones pontificias había juntado lo que no parece posible".

En el constante manejo y estudio de los asuntos indianos, León Pinelo llegó a reunir una biblioteca especializada de gran valor, que, según él, formaba "la más copiosa librería de impresos y manuscritos del Nuevo Mundo que se puede hallar en él, ni de sus materias en Europa". En realidad, esa biblioteca era de poco más de trescientos volúmenes; pero en la época era todo lo que podía reunirse con el mayor esfuerzo.

Aquel conjunto de libros fue la base sobre la cual León Pinelo concibió la elaboración de una *Biblioteca* o bibliografía de América, en que se catalogarían todas las obras conocidas y se haría un estudio crítico de ellas, censurando los escritos, advirtiendo lo apócrifo y señalando lo verdadero. El proyecto era enorme y aunque Pinelo lo abordó con decisión, no parece haberlo concluido. Adelantándose a aquella obra, cuando "tenía ya vencidos más de doscientos pliegos", su autor decidió publicar un epítome o catálogo reducido, que apareció en 1629 con el título de *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica*. Es el trabajo ahora reeditado por la Unión Panamericana.

El *Epítome* está dividido en cuatro partes, que son las que señala su propio título. En lo que se refiere a las Indias Occidentales, que es lo que más puede interesarnos, se subdivide en veintisiete secciones, que abarcan desde las primeras historias de las Indias, las historias generales, las historias regionales, hasta las obras religiosas, los asuntos morales, las biografías de varones santos, etc.

Una sección especial, la novena, está dedicada a Chile; en ella se anotan catorce obras, entre las que figuran *La Araucana* de Ercilla, el *Arauco Domado* de Oña y el *Purén Indómito*, erróneamente atribuido a Fernando Alvarez de Toledo. Junto a esas obras hay otras que entonces permanecían manuscritas, algunas de las cuales han desaparecido o no han llegado a conocimiento de los historiadores modernos. Encabezando la lista, por ejemplo, aparece la *Coronica del Reyno de Chile*, de Gerónimo de Bivar, que durante siglos permaneció extraviada, hasta tenerse nuevamente noticias de ella hace pocos años.

La obra recién publicada por la Unión Panamericana incluye el *Epítome* en reproducción facsimilar de notable pureza, lo que para el investigador es igual que tener en sus manos la edición príncipe de 1629. Una *Advertencia*, de Javier Malagón y un estudio de Agustín Millares Carlo, que incluye algunas notas bibliográficas sobre León Pinelo, sirven de introducción al volumen y le dan especial relieve.

Es ésta una nueva muestra del interés que el célebre jurisconsulto y bibliógrafo ha despertado últimamente, que en Chile se ha manifestado a través de la edición del *Discurso sobre la Recopilación de Leyes de Indias*, efectuada por el Fondo Histórico y Bibliográfico José T. Medina, en 1956. Tanto esta obra como la edición del *Epítome*, constituyen un homenaje para el hombre que con orgullo podía decir: "En cuestiones de Indias, afirmo con verdad que he trabajado tanto como el que más".

9

JOSÉ VÁZQUEZ HIDALGO

Crónica del Hombre, por Hernán Jaramillo. Editorial Nascimento. Santiago, 1960

La historia de las obras literarias y de los hombres que las escriben contiene, a menudo, contradicciones y sorpresas del más diverso orden. Parece que las leyes que rigen al mundo del espíritu no fueran tan invariables como las del mundo físico. Su contingencia es frecuente y manifiesta. Son pocos los que como un Goethe o un Víctor Hugo deslumbran desde sus primeros intentos literarios y continúan ejerciendo, con obras geniales sucesivas, una especie de dictadura artística sobre generaciones enteras, en el curso de una larga y gloriosa existencia. Hay escritores, por ejemplo Oliver Goldsmith, el simpático autor del *Vicario de Wakefield*, quien, al decir de sus amigos íntimos, solía hablar como un imbécil, aun cuando era capaz de escribir como un ángel. Otros escriben toda su obra en plena juventud o no salidos todavía de la adolescencia, es el caso de Rimbaud, y después se apagan cual meteoros brillantes y fugaces, pero esa obra temprana, escrita en un momento mágico de energía creadora, basta para asegurarles la inmortalidad. Los hay, también, que durante toda su vida han permanecido ignorados. Han publicado poco o nada, o bien se han dedicado a profesiones sin atingencia con su vocación intelectual y con la obra secreta, que después de muertos los ha hecho famosos. Tal, el caso de Amiel, modesto profesor de filosofía y autor de un enorme diario íntimo, cuyos fragmentos dados a conocer, por Edmundo Scherer, a fines del siglo pasado, produjeron tal conmoción en los círculos intelectuales, que desde entonces el maestro ginebrino se ha ido convirtiendo en una de las personalidades que han ejercido mayor influencia en la formación del alma contemporánea europea. Igual cosa podría decirse del duque de Saint-Simon, aristócrata de cuño discutible, pero, no obstante, lleno de prejuicios nobiliarios y de ambiciones políticas desmesuradas, cuyas extensas memorias sobre la corte de Luis XIV, publicadas sólo en 1829, lo han situado, gracias a su poderoso estilo, entre las grandes figuras de la literatura francesa del gran siglo. En esta misma familia de espíritus habría que colocar a Samuel Pepys con su curioso diario, documento indispensable para conocer a fondo los vericuetos y escondrijos del alma puritana de la época de los Estuardos, y a Lewis Carroll, profesor de Matemáticas en Oxford, pionero de la fotografía y él cual sólo ha pasado a la posteridad gracias a "Alice in Wonderland", el más maravilloso cuento infantil de la literatura inglesa. En fin, en este orden de ideas, la lista sería inagotable y muchas las contradicciones y las sorpresas, pero en la presente nota queremos referirnos a un escritor de los nuestros, Hernán Jaramillo, chileno de la más pura cepa, con todas las características de la raza, y, en particular, a una obra suya, publicada en fecha reciente, que ostenta el título de *Crónica del Hombre*.

La lectura de esa obra nos ha producido una sorpresa literaria lo bastante intensa como para justificar la digresión precedente. Jaramillo, hasta aquí, se había destacado en el cultivo de lo que, entre nosotros, ha dado en llamarse el género criollista. Mariano Latorre, el indiscutible maestro del criollismo chileno, en un elogioso prólogo a un volumen de cuentos, le otorgó el título de discípulo predilecto. En efecto, el tema y los personajes de sus cuentos y de su novela *Cuero Duro*, pertenecen al campo chileno. El profundo conocimiento que Jaramillo mostraba en el tratamiento de sus temas podía, en parte, explicarse por el hecho de haber desempeñado, durante largos años, un empleo en el Departamento de Caminos, repartición perteneciente al Ministerio de Obras Públicas. En razón de su cargo, el autor había tenido la oportunidad de convivir en estrecha intimidad con los campesinos de la parte central y sur de nuestro territorio. Para él la naturaleza, los minuciosos detalles de la topografía del terreno, las condiciones de vida de sus habitantes y sus sentimientos e ideas le eran entrañablemente familiares. Aún más, como al Pereda de *Peñas Arriba* y de *Sotileza*, habíase en él producido el curioso fenómeno de que los personajes y su alrededor terminaran por incorporarse a su propia sustancia, formaran parte de su propia naturaleza. Describirlos era describirse a sí mismo, pero más enriquecido y más ampliado. En su íntima y prolongada convivencia con el habitante del agro, había sido huésped infatigable de esas veladas campesinas a la luz de los chonchones y al calor de la lumbre, en las chozas de los inquilinos o en las pulperías de los fundos, lugares propicios para saborear en su origen mismo las consejas populares, las leyendas sobre pactos con el diablo, los cuentos de aparecidos y de ánimas en pena y, sobre todo, para hacer acopio de decires y donaires auténticos del habla popular. Con esos elementos de primera mano ha ido formando el escritor su propio estilo y como observador atento, ha podido convencerse del hecho innegable de que detrás del cultivo consciente y acendrado del artista, existe siempre el trabajo anónimo y fecundo del pueblo, de ese pueblo que cultiva y hace fructificar la tierra y es, a la vez, maravilloso forjador de historias y único e insustituible autor del tesoro imaginativo más grande que posee la humanidad, cual es el folklore.

Pero no es tan fácil hinchar un perro y hay que tener cuidado con que el perro sea podenco, como

decía Cervantes. Lo anterior explica mucho del mérito y del buen éxito de Jaramillo como narrador, pero es necesario agregar que el autor de *La buenamoza y el toro* y de *Los antojos de Deidamia* es un cuentista nato, un cuentista de raza. Lo que la naturaleza le dio con mano pródiga, él ha sabido, eso sí, acrecentarlo con el estudio y la experiencia. A Jaramillo, para hacer un buen cuento, le basta el detalle más insignificante, detalle que a cualquiera podría pasarle inadvertido. Una brizna de paja que roza la mejilla de una muchacha, el cambio o robo de una manta, la enfermedad de algún animalejo, la amistad entre un peón viril y decidido y un pobre muchachuelo afeminado, todo le sirve para acarrear agua a su molino. Y muchas veces, las más, el resultado es de primer orden. ¿Pero debe, en realidad, sorprendernos esta cualidad de Jaramillo? ¿Es algo desacostumbrado en la historia del verdadero cuento literario? Todo lo contrario. Los grandes cuentistas siempre han procedido así o en forma parecida. ¿Cuál es la materia que informa muchos de los mejores cuentos de Daudet o Maupassant? Una bagatela insignificante. ¿Cuál es el tema de *Adiós, Cordera,* de Leopoldo Alas, el mejor cuento de la literatura española moderna? La simple venta de una vaca y el efecto que ella produce en el alma de dos muchachos campesinos.

No se mueve Jaramillo con igual maestría en el terreno de la novela. En ese campo más amplio pierde mucho de su soltura y agilidad, aun cuando *Cuero Duro* es obra muy meritoria y que contiene trozos de gran relieve. Hay escritores que pueden ser, a la vez, grandes cuentistas y grandes novelistas, pero son muy raros: Balzac, Daudet, Pirandello, Somerset Maugham y otros pocos, igual o parecidamente ilustres. La técnica, la expresión de los afectos, el estilo, el manejo de los personajes, todo esto es muy diverso entre el cuento y la novela. Y aun esos mismos escritores que han sido capaces de escribir cuentos y novelas de extraordinaria calidad, siempre su fama se cimenta, de preferencia, en uno o en otro de dichos géneros.

Mas he aquí que por un curioso azar o sorpresa de esas ya comentadas al comienzo de esta nota y que la historia literaria siempre ofrece a sus lectores, la última y más considerable obra de Jaramillo hasta ahora publicada, no es del género criollista, ni tampoco es una colección de cuentos. La *Crónica del Hombre* es una extensa novela, en dos gruesos volúmenes de cerca de seiscientas páginas cada uno y de apretada letra. No es novela de costumbres campesinas, como *Cuero Duro,* no es tampoco novela psicológica que describa o analice pasiones o caracteres de nuestro ambiente nacional. Se trata de algo muy diverso. Se la podría clasificar, a título provisional, de novela histórica, ya que su acción transcurre entre Ur de la Caldea y Egipto, muchos siglos antes de la era cristiana. Su protagonista se llama Nabor de la Caldea y es, como el autor mismo se encarga de decirnos en su pintoresco y arcaizante estilo, "hombre de bien, amo de sesenta y seis siervos y criados, todos en gracia de mi Señor, el Dios Universal". El asunto es el viaje que hace Nabor, por mandato expreso de Dios, desde su "tierra de nascencia", Ur de la Caldea a Egipto. El viaje, entre ida y vuelta, demora treinta años y en ese espacio de tiempo le ocurren a Nabor multitud de aventuras, de preferencia amorosas. Describe estas últimas con toda clase de detalles, algunos lo bastante escabrosos como para igualar y aun superar a Rabelais en su *Gargantua y Pantagruel;* a Balzac, en sus *Cuentos Droláticos* y hasta al mismísimo Nabokov, en su novela *Lolita.* El personaje de la novela de Jaramillo es tan rijoso, de tantos bríos y exigencias eróticas, que no perdona ni a los animales a su alcance. Hay un capítulo, por ahí, en que aparece una infeliz cervatilla, la cual tendría motivos de sobra para quejarse de lo que con ella hizo el desaforado de Nabor. Si ésta es la conducta que observa el protagonista con los animales inocentes y silvestres, es fácil imaginar lo que hará con las incautas y garridas doncellas caldeas, egipcias o babilonias, que se atraviesan en su camino. A la literatura amatoria le faltaba este héroe, verdadero Casanova de los desiertos orientales.

El tiempo que a Nabor le queda libre, entre aventura y aventura, lo pasa haciendo reflexiones morales y filosóficas, las cuales ocupan bastante espacio de los dos volúmenes de que se compone la obra. Estas reflexiones no constituyen, en manera alguna, lo mejor del libro. Por el contrario, entorpecen sin suficiente motivo la marcha del relato y terminan, casi siempre, por aburrir al lector y hacerlo perder el hilo de la historia principal.

Ya que más arriba hablamos de novela histórica con el intento de clasificar la *Crónica del Hombre,* no estará de más que recordemos una novela que en los últimos diez años ha constituido en Europa y los Estados Unidos uno de los más grandes éxitos de librería. Nos referimos a *Sinuhue, el egipcio,* de Mika Waltari. Entre la novela del escritor finlandés y la de Jaramillo, pese a ciertas coincidencias más aparentes que reales, hay muy poca semejanza. El viaje de Sinuhue está más de acuerdo con los cánones de la novela histórica, tal como los han dejado establecidos los maestros del género, Walter Scott, Manzoni, Jorge Ebers y otros. Sinuhue describe minuciosamente los lugares que visita a lo largo de sus viajes, lo mismo que las costumbres de sus respectivos habitantes. En la obra de Waltari la acción transcurre principalmente en Egipto y en una época determinada y muchos de los hechos mencionados son rigurosamente históricos. Esa descripción que hace el escritor de la Casa de la Muerte y que constituye, tal vez, lo más

valioso del libro, contiene pruebas de una sólida y abundante documentación sobre la historia antigua del Egipto, como, asimismo, demuestra un poder de evocación del pasado, una "imaginación histórica", digna de Walter Scott. Las libertades que el escritor se toma son las propias del género, pero el fondo de la obra es histórico e históricas son las descripciones de países y costumbres.

En cambio, nada de esto ocurre en la obra de Jaramillo. Fuera de respetar minuciosamente la geografía de los lugares que describe, la época precisa en que sitúa la acción es incierta. No sabemos, con seguridad, si Nabor vivió antes, después o durante la época de los patriarcas Abraham o Jacob, o en la época de Moisés. En cuanto a las costumbres de los diversos países que visita, no aparecen descritas en forma precisa y diferenciada: los personajes hablan y actúan lo mismo, sean éstos babilonios, asirios, egipcios o caldeos.

Esa falta de precisión respecto de la época, de los personajes y de los detalles del ambiente puede explicarse de diversas maneras, sin que sea necesario achacarla a ignorancia del autor. Jaramillo es hombre de sólida cultura y si en su obra ha omitido tales elementos, es porque su propósito fundamental es distinto. El viaje de Nabor es un símbolo, símbolo de la vida del hombre, y su personaje central, una especie de cifra y compendio de la naturaleza humana entera, válido para todas las épocas y las razas. De ahí que Nabor y los demás personajes de la *Crónica del Hombre,* no sean más antiguos o modernos, que orientales u occidentales. De todo esto fluye que la historia de Nabor no es una novela histórica, sino que una especie de novela simbólica. Esta es, por lo menos, la intención manifiesta del autor. Pero una cosa es lo que piense el autor y otra muy diversa, la realidad de su obra. En nuestra opinión, la *Crónica del Hombre* no es más simbólica de lo que puede ser el Gil Blas de Le Sage o el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán. Esta última, pese a su pretencioso subtítulo, "atalaya de la vida humana", no es otra cosa que una simple novela picaresca. Un análisis más detenido de este punto nos llevaría demasiado lejos, lo mismo que examinar, con las reservas teológicas del caso, la intervención divina en el viaje de Nabor de la Caldea. Es preferible, antes de concluir, señalar otros aspectos de esta curiosa obra.

Al escribir Jaramillo una novela del tipo a que pertenece la *Crónica del Hombre,* se ha privado de muchos de sus mejores y más efectivos medios literarios. Si a esto se añade que el autor es mejor cuentista que novelista, la tarea tenía, desde el comienzo, pocas probabilidades de buen éxito. En efecto, en sus cuentos y aun en su novela *Cuero Duro,* su perfecto dominio del tema, su conocimiento del paisaje, su familiaridad con las costumbres y el lenguaje de los tipos populares hacían de él un consumado maestro. En la *Crónica del Hombre,* en cambio, muchos elementos empleados para darle movimiento y colorido al relato, resultan postizos y artificiales. El estilo es desigual. Hay pasajes escritos en forma excelente. El estilo allí es brioso, elegante y enérgico, pero, en general, tiende a lo barroco, es enfático y rebuscado. En cuanto al léxico es de una abundancia desconcertante, pero la abundancia por sí sola no es arte. Jaramillo, con el instinto de verdadero escritor que hay en él, usa de esta riqueza, a veces, con acierto, pero otras, en lugar de ser él quien maneje las palabras, se deja dominar por ellas, pierde el tino, y los períodos y frases resultan recargados de adjetivaciones inútiles y redundantes. Hay, a menudo, exceso de derivaciones difíciles de justificar y, sobre todo, de latinismos y vocablos desusados, que hace ya tiempo duermen el sueño de los muertos en las páginas de los diccionarios.

No obstante las reservas y reparos antedichos, la *Crónica del Hombre* está muy lejos de ser una obra mediocre. Hay en ella atmósfera, vitalidad, rica fantasía y cierta grandeza poco común en nuestro ámbito americano-español. Estamos convencidos de que sobrevivirá y aun señalará para muchos lectores una fecha memorable en la literatura imaginativa de Chile. Las condiciones de excelente narrador que posee Jaramillo no le han abandonado en muchas y largas partes de su nueva obra. Siempre que Nabor de la Caldea se deja de digresiones morales o filosóficas e interviene en aventuras que tienen más de cuento que de novela, el cuentista, que es siempre Jaramillo, salta al primer plano, se adueña de su materia y la transforma en algo interesante, novedoso y ameno. Y aún hay más. Algunos episodios constituyen aciertos de gran valor literario. Entre todos ellos nos complace recordar el que se refiere a la historia de Alina y Abdoer, verdadero cuento de sabor volteriano. Su desenlace y el capítulo en que describe Nabor la muerte de Abdoer y la leyenda de los camellos es un trozo literario de profunda calidad humana y de un efecto poético conmovedor e impresionante.

10

CARLOS STUARDO ORTIZ

Los tipos del Dr. Rudolph Amandus Philippi en el campo de la Botánica

En junio de 1960 apareció, en Ediciones Universitarias, la obra *Las especies de plantas, descritas por* R. A. PHILIPPI, *en el siglo xix, estudio crítico en la identificación de sus tipos nomenclaturales,* de la cual es autor el profesor universitario Ing. Agrónomo Carlos Muñoz Pizarro.

La obra comprende el estudio de las colecciones de plantas que se conservan en el Herbario del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, y que se relacionan con aquellas entidades botánicas descritas por Rudolph Amandus Philippi (1808-1904) y Federico E. Philippi (1838-1910).

El autor establece que se conservan perfectamente clasificados y ordenados en el citado Museo un conjunto de aproximadamente 73.000 ejemplares, que estudió por espacio de 20 años. De este conjunto de ejemplares, se efectuó un trabajo de selección para separar aquellas entidades descritas por estos autores. De un total de 3.695 especies descritas, que comprenden desde las Arquegoniadas a las Angiospermas, ha sido posible identificar, de sus tipos originales, un total de 3.111 especies, los que representan aproximadamente el 83% de las especies descritas por estos autores.

Este valioso conjunto, con aquellos descritos por Claudio Gay y Carlos José Bertero, constituyen el mejor patrimonio científico de que dispone el país.

Hoy día, el Código Internacional de Nomenclatura Botánica establece que todo nombre y diagnosis original, debe asociarse a la designación de un ejemplar *tipo* y la preservación de éste. Como es obvio esto, no fue realizado por los botánicos del siglo pasado y este estudio crítico debió emprenderse hace algunos años, con el objeto de efectuar un trabajo que, junto con cumplir con lo ordenado por el Código de Nomenclatura, constituye ya una práctica corriente para todos los fito-taxónomos del mundo. Ello trae como consecuencia la importancia de los ejemplares *tipos*, para conocer en forma precisa la definición e interpretación de las especies de un país determinado.

La actual publicación dice relación con un apreciable número de especies que durante años no fueron debidamente consideradas por los botánicos extranjeros. Hoy, gracias a los esfuerzos del autor, en un estudio minucioso y consciente se dispone, por primera vez, de una excelente fuente de información, que es de valor inapreciable, para los estudiosos de la botánica, que trabajan en la flora de las regiones templadas de la América del Sur.

Por otra parte, algunos de estos ejemplares, que el propio Philippi había enviado en canje al Museo Botánico de Berlín-Dahlem, habían quedado destruidos en esta institución por efecto de la Segunda Guerra Mundial. Los ejemplares que se conservan en nuestro Museo Nacional adquieren entonces mayor importancia.

En este estudio se nota que falta un 16% de los ejemplares originales que será necesario seguir buscando en los Herbarios europeos y norteamericanos, con el propósito de conocer e interpretar el total de las especies descritas por este autor. Según se desprende de la obra que se analiza, ya es posible disponer de un apreciable número de *leptotipos*, que han sido herborizados en las localidades típicas indicadas, lo que facilitará enormemente el trabajo de los futuros fito-taxónomos del país. Por otra parte, al final del estudio se agrega una lista de las localidades clásicas mencionadas por R. A. Philippi, las cuales, ordenadas alfabéticamente, indican la importancia y riqueza en familias, géneros y especies de cada una de ellas.

La obra constituye, además, un Catálogo de las especies, ordenado según el sistema de Engler y Diels, en el cual se anotan la respectiva referencia bibliográfica, la localidad, colector y altura sobre el nivel del mar de la especie y el número con el cual se conserva en las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural. En esta forma, el presente estudio duplica el número de especies que en 1881 publicó Federico Philippi, sobre las especies de plantas vasculares de Chile.

La publicación que comentamos lleva un prólogo del distinguido botánico norteamericano, Dr. Reed C. Rollins, sucesor de Asa Gray y Director del Gray Herbarium, Harvard University, quien destaca la importancia del estudio. La obra se ha publicado con el estímulo de eminentes botánicos europeos y norteamericanos, entre los cuales se destacan los directores de instituciones de reconocido prestigio internacional, tales como el Arboreto de Arnold, de la Universidad de Harvard, la institución Smithsoniana de Washington, el Jardín Botánico Real de Kew en Londres, el de Gotenburgo de Suecia, el de Nueva York, y del Darwinion, Instituto Miguel Lillo en la República Argentina.

La obra tuvo su origen bajo la dirección de los investigadores y profesores del Gray Herbarium, institución donde el profesor Muñoz Pizarro efectuó sus estudios de postgraduado y fue designado Research Fellow in Botany.

II

CHRISTOPHER JACKSON

El nuevo rostro de Dickens

La revaluación de la literatura de la época victoriana ha estado en marcha desde hace unos quince años. Comenzando con una colección de ensayos escritos por diversas plumas, titulada *The Ideas and Beliefs of the Victorians (Ideas y Creencias de los Victorianos)*[1], la filtración se ha convertido en una corriente vigorosa.

Biografías tales como *Jowett*[2], por Geoffrey Faber y estudios como *Victorian People (Personajes Victorianos)*[3], de Asa Briggs, son solamente algunos

[1]Ideas and Beliefs of the Victorians. (Conferencias de la B. B. C.) London, 1949.

[2]Geoffrey Faber. Jowett: a Portrait with a Background. Faber & Faber, 1957.

[3]Asa Briggs. Victorian People. Odhams, 1954.

de los libros más recientes que dan respetuosa y favorable consideración a sus temas. Los novelistas también han sido asunto de revaluación; tanto sus ideas como sus obras; dos libros nuevos sobre Trollope; dos sobre Thackeray y otros tres sobre George Eliot se han publicado en el transcurso de los últimos cinco años: total que no deja de ser impresionante.

De este proceso de revaluación crítica, Dickens ha sido tal vez el más beneficiado. En este artículo trataré de valorar el carácter de algunas de las obras críticas más sobresalientes sobre Dickens publicadas durante el último tiempo. La mayor parte de esta crítica literaria es sorprendentemente distinta en tono, énfasis y método a lo que la obra de Dickens estaba sujeta antes, digamos, 1945, y llega a conclusiones marcadamente diferentes. El 'nuevo rostro' que Dickens luce en 1960 no tiene semejanza ninguna con el 'alegre Dickens' que Chesterton describió en los primeros años de este siglo; y aun el "Dickens sombrío" de Gissing es sombrío de manera nueva y más de moda.

Por supuesto, no toda esta crítica reciente es 'nueva' en sus juicios y perspectivas. Las principales objeciones 'clásicas' a Dickens —sus personajes son caricaturas, sus novelas son poco realistas, políticamente inmaduras e inconsistentes y faltas de toda unidad orgánica— que se encuentran en *Early Victorian Novelists (Los Novelistas Victorianos de la Primera Epoca)*[4], de David Cecil, se repiten en *The Hero in Eclipse in Victorian Fiction (El Héroe en Eclipse en la Novela Victoriana)*[5], de Mario Praz. En realidad, en algunos aspectos, los juicios de Praz son aún más severos que los sentados sobre el novelista por sus últimos contemporáneos, cuando la opinión crítica se había plegado a los métodos artísticos de George Eliot y Henry James y había comenzado a encontrar desagradables los elementos de sátira política en la obra de Dickens. En una notable sección de su libro, Praz lo alaba como un genio de la fantasía, y en breve esbozo lo considera más candidato para ser apreciado en antologías que novelista para ser leído por completo.

En resumen, sin embargo, esta perspectiva desfavorable es ahora excepcional: el excelente estudio histórica de G. H. Ford sobre la reputación de Dickens entre sus críticos y sus lectores desde sus primeras publicaciones hasta el día de hoy, titulado *Dickens and His Readers (Dickens y sus lectores)*[6] está fundado en la firme convicción de que Dickens es un gran novelista, y en el juicio crítico derivado de Edmund Wilson de que el arte de Dickens tiene afinidades con el de Dostoiewsky, a quien se sabe que influyó, y también con el de Kafka.

Este estudio histórico no es ni relativista ni historicista en sus fines y postulados, porque Ford usa el método histórico esencialmente para desacreditar las críticas de los autores contemporáneos de Dickens a la vez que realza sus elogios y hace creer apoyándose en la suposición de que el Dickens 'real' no es el Dickens visto por sus contemporáneos, sino una figura vista por lectores que han sobrepasado los prejuicios peculiares de los críticos y lectores de la época. Al menos yo creo que esos son sus fines y postulados; en verdad, este es el efecto producido por los métodos de Ford para explicar 'históricamente' la crítica de Dickens. Su explicación de los juicios hostiles en términos de motivos personales —divergencia de simpatías políticas, servilismo a nuevos credos artísticos, debilidad para buscar nuevos talentos literarios, antagonismo hacia la obra de Dickens provocado por el conocimiento de la biografía del autor— tiene el efecto de persuadir al lector de que las objeciones son sólo reflejo de los gustos y preferencias limitadas de los críticos y opositores. Por consiguiente, lo que sugiere parece ser que las objeciones no tienen ningún valor.

El resultado paradójico así obtenido es que cada generación literaria es ciega de diversos modos para la grandeza del verdadero Dickens, y que los juicios adversos sólo contribuyen a eliminarse mutuamente.

En suma, este libro, muy bien escrito por lo demás, descubre una veta de valiosa información histórica sobre la condición de la novela a través del siglo y los cambios en las expectativas y gustos de los lectores, y abre una senda que otros estudios han proseguido muy provechosamente. Entre éstos, considero *Dickens at Work (Dickens como Escritor)*[7] de Butt y Tillotson como algo excepcional. Continuando una investigación anterior, *Novels of the Eighteen Forties (Novelas de la Década de 1840)*[8], escrita por la profesora Tillotson, su interés especial reside en la presentación detallada y cuidadosa del contexto peculiar de las novelas de Dickens: las condiciones de la publicación por entregas, el contacto entre escritor y lector, la censura no oficial impuesta por el redactor de la revista y por el mismo público lector, la relación entre el periodismo de Dickens como redactor de revista y las actitudes y alusiones políticas contenidas en sus novelas; y en su esfuerzo constante para demostrar, usando la evidencia de sus cartas y de los planes

[4]David Cecil. Early Victorian Novelists. Constable, 1934.

[5]Mario Praz. The Hero in Eclipse in Victorian Fiction. Oxford University Press, 1956.

[6]G. H. Ford. Dickens and His Readers. Princeton, 1955.

[7]Butt & Tillotson. Dickens at Work. Methuen, 1957.

[8]Tillotson. Novels of the Eighteen Forties. O. U. P., 1954.

contenidos en los memoranda que dejó para la organización de su obra, capítulo por capítulo, cómo estos diferentes factores determinaron la forma y el carácter de sus libros. Este trabajo es especialmente instructivo en cuanto a los diferentes efectos que la publicación por entregas mensuales y semanales causa en la estructura artística de la novela. Para demostrarlo, se ofrece al lector una comparación entre los métodos de planificación usados por Dickens para *David Copperfield,* que apareció por entregas mensuales, y aquellos que se vio obligado a usar para *Hard Times (Tiempos Difíciles)* que escribió para un periódico semanal del que era redactor. También por medio de la comparación de las actitudes expresadas en los artículos y editoriales de The Times y material semejante extraído de las revistas que Dickens dirigía, con los temas políticos y sociales de sus últimas novelas, escritas durante el mismo período, los investigadores aludidos destacan las referencias tópicas y el convencionalismo de las actitudes y alusiones políticas que se encuentran en novelas como *Hard Times* y *Bleak House.* Contribuyen también a explicar las objeciones políticas de algunos lectores contemporáneos influyentes, como Fitzjames Stephen. Es particularmente interesante notar hasta qué punto dependía Dickens de Carlyle no sólo en cuanto a su modo de pensar característico, sino que también en cuanto a los principales símbolos de sus últimos libros. "La neblina" en *Bleak House,* las imágenes de fuego y combustión que aparecen a través de ella, y "el montón de basura" en *Our Mutual Friend (Nuestro Común Amigo)* pueden encontrarse en los panfletos políticos de Carlyle que fueron leídos y admirados por Dickens. Casi igualmente interesante y significativo es ver hasta dónde Dickens interpretaba equivocadamente y desfiguraba las ideas de Carlyle, cosa de la que aparentemente él nunca se percató.

Finalmente, el estudio de las correcciones en los manuscritos de Dickens y los comentarios intercalados en sus cartas revelan un punto de gran interés relativo a la presión y control ejercido por sus lectores respecto de su elección y tratamiento de los temas. En el caso de Dickens, el resultado fue paradójico: pocos escritores han sido tan profundamente susceptibles a las expectativas y normas de sus lectores como él; pero fue quien menos concesiones les hizo: contraste sorprendente con las experiencias posteriores de Thomas Hardy.

Este estudio, igual que el de Ford, es un ejemplo admirable del uso de la crítica histórica para ilustrar el carácter literario de la obra de un escritor. Ambos libros logran colocar a los novelistas victorianos en su ambiente e iluminan importantes aspectos de la estructura de sus obras, que un lector moderno, sin el conocimiento histórico necesario, no podría apreciar.

Por último, un estudio corto de Mr. Monroe Engel, *The Maturity of Dickens (La Madurez de Dickens)*[9], buen ejemplo de una crítica que trata de ser tanto histórica como estética. Por lo menos, en tres aspectos, el libro de Engel sigue el tono actual de la exégesis en torno a Dickens. Igual que Ford, Tillotson y Butt, se interesa más en el Dickens de las últimas novelas, el "Dickens sombrío" de *Our Mutual Friend* que en el "Dickens alegre" de *Pickwick Papers.* En realidad, va aún más lejos: sugiere que Dickens nunca fue tan alegre como Chesterton pretendió. (Hay anticipos de este punto de vista en el ensayo de Edmund Wilson, *The Two Scrooges (Los Dos Scrooges)* que apareció en su *The Wound and the Bow)*[10].

El libro está dividido en dos secciones distintas, una histórica y otra estética, que no se complementan una a otra. *(Novels of the Eighteen Forties* estaba divido en forma similar y sufría del mismo defecto. La mano derecha del autor no parecía saber lo que su mano izquierda estaba haciendo.)

En el caso de Mr. Engel, el defecto es más grave todavía, ya que las dos partes del libro se contradicen: la crítica estética no se sostiene ni en la evidencia disponible en los memoranda ni en los datos históricos que él mismo menciona.

El objeto de la sección estética es demostrar que la práctica artística de Dickens está mucho más próxima a la de Kafka, por ejemplo, que lo que corrientemente se supone. Es importante ser explícito al respecto: Edmund Wilson ha sugerido en el ensayo citado que las novelas de Dickens tenían significados más profundos que los corrientemente vistos en ellas; pero no quería decir que Dickens los hubiera introducido allí en forma consciente y deliberada. Por el contrario, para él el uso que Dickens hacía de su material era simbólico solamente en el sentido freudiano. El simbolismo que encontró lo interpretó en términos psicoanalíticos. No supuso que Dickens se percatara del significado de sus símbolos. Mr. Engel, no obstante, va más allá de todo esto: para él, el uso simbólico que Dickens hace de su material es consciente y deliberado, es un método adoptado por el escritor para organizar sus temas. Mrs. Tillotson en su capítulo sobre *Dombey and Son* en *Novels of the Eighteen Forties* hace también cautelosas sugerencias en este mismo sentido: los símbolos que ella comenta no son del todo freudianos —más bien son convenciones literarias y metáforas normales. La debilidad del libro de Engel reside en que el comentario estético particular de las novelas es demasiado breve y periférico para saber qué grado de importancia atribuir a su tesis o hasta dónde Engel

[9]Monroe Engel. The Maturity of Dickens. O. U. P., 1959.

[10]Edmund Wilson. The Wound and the Bow. Allen, 1952.

se propone explotarla. Ciertamente, pocos lectores discutirán el simbolismo de la 'neblina' o del 'fuego' en *Bleak House* o del 'monto de basura' en *Our Mutual Friend;* es también cierto que tanto los memoranda sobre *David Copperfield,* por ejemplo, como el texto mismo proveen evidencia del uso consciente de 'emblemas' como Dickens mismo los llama; pero esta práctica está todavía muy lejos de la de Kafka.

Si Engel quiere sostener su teoría a cualquier costo, los datos agrupados por los críticos históricos con tan minucioso detalle no lo confirmarán. La impresión que produce este libro en conjunto es que el autor desea pan y pedazo: persuadirnos a ver a Dickens dentro de su ambiente original y hacérnoslo leer como un escritor del siglo XX, prácticante de métodos simbólicos modernos. Debo confesar que Mr. Engel no me convence.

Sin embargo, los estudios de Ford, Butt, Tillotson y Engel consiguen mucho. A través de la paciente acumulación de evidencia extraída de las cartas, de las reseñas críticas de la época, de los memoranda, de manuscritos no publicados, logran establecer ciertas conclusiones: algunos críticos con ideas desfavorables han leído las novelas de Dickens como si ellas hubieran —o debieran haber tenido— la misma estructura de *Middlemarch* de George Eliot; las ideas políticas de las novelas, lejos de ser propias, son relativamente convencionales; las novelas tienen unidad y organización propias, y Dickens tiene sus propias convenciones y su propia mezcla de realismo y fantasía.

El intento de demostrar la validez de estas conclusiones a través de argumentos históricos puede no ser siempre un éxito; pero no cabe duda de que contribuye considerablemente a una mayor comprensión del carácter de Dickens como artista de la palabra.

12

LUIS IÑIGO MADRIGAL

Los Premios, por Julio Cortázar. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1960, 425 págs.

"Existen libros de gran calidad y de suerte dispareja: por un lado, aplauso del sancta sanctorum intelectual; por otro, desconocimiento del público; desconocimiento hasta de los libreros", decía Elvira Orpheé en una reseña sobre *Las Armas Secretas*[1]; y el tono plañidero de la frase se justificaba por el año transcurrido perezosamente entre la aparición del extraordinario volumen de cuentos y su correspondiente crítica. Cuando leímos ésta, nos dimos cuenta de que era inoportuno publicar *a-este-lado-de-los-Andes* (como escribiría Cortázar, vid. infra), otra sobre el mismo libro, no porque la nuestra fuese a desmerecer de aquélla, sino porque un escritor de la calidad del que nos ocupa, merecía algo más inmediato, algo que no diese la impresión de que al desconocimiento del público y de los libreros, se sumaba el de la corte celestial del intelecto.

Y he aquí que el problema queda resuelto de improviso; he aquí que de improviso Cortázar publica una novela. Vamos a ella.

Julio Cortázar nació ¡en Bruselas!, de padres argentinos, en 1914. Desde hace algunos años reside en París. Ha publicado, hasta el momento, *Los Reyes* (poema dramático, 1949); *Bestiario* (cuentos, 1951); *Final del juego* (cuentos, 1956); *Las Armas Secretas* (cuentos, 1956), y *Los Premios* (novela, 1960).

Para quien haya leído las alucinantes páginas de *Bestiario*[2] o las ya más reposadas, pero aun sinsentido de *Las Armas Secretas*[3], no dejará de ser extraño que el epígrafe de *Los Premios,* tomado de *El Idiota,* de Dostoiewski, IV, 1, rece lo siguiente: *¿Qué hace un autor con la gente vulgar, absolutamente vulgar, cómo ponerla ante sus lectores y cómo volverla interesante? Es imposible dejarla siempre fuera de la ficción, pues la gente vulgar es en todos los momentos la llave y el punto esencial en la cadena de asuntos humanos; si la suprimimos se pierde toda probabilidad de verdad.*

¿Cómo —nos preguntamos—, qué ha sido del hombre que vomitaba conejitos, qué ha sido de Nene, devorado por el tigre en su propia biblioteca; qué ha sido de las *mancuspias* de *Bestiario*? ¿Y monsieur Bebé, el delicado homosexual; y Johnny, el jazzista morfinómano de *Las Armas Secretas,* dónde están? ¿Sólo gente normal en esta novela? ¿Y el hermoso, el estremecedor, el inquietante absurdo que recorría los cuentos de Cortázar, ya nunca más?

Sí.

Aquí, en *Los Premios,* también está el absurdo. Aquí también está el Cortázar de siempre. Un poco cambiado, es verdad (los años, la dimensión de una novela . . .). Pero aquí[4].

Y no es que el epígrafe sea falso, no enteramente. Pero es que a la gente vulgar, absolutamente vulgar, le pueden ocurrir cosas absolutamente *avulgares.* Veamos, si no, el argumento:

---

[1]Orphée, Elvira. *Julio Cortázar: Las Armas Secretas.* ap. SUR 265, Julio y Agosto de 1960. Págs. 51-54.

[2]Cortázar, Julio. *Bestiario.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951, 165 págs.

[3]Cortázar, Julio. *Las Armas Secretas.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1959, 221 págs.

[4]El mismo Cortázar está consciente de la aparente contradicción entre lo prometido en el epígrafe y lo que sucede en la novela, es por eso que trata de reafirmar los conceptos de aquel en un pasaje de la obra (pág. 232).

Un grupo de personas resulta premiado en una lotería, el premio consiste en un viaje por mar. Como punto de partida se fija un café. Allí se reúnen todos una tarde, y cuando cae la noche son conducidos, después de una serie de órdenes y contraórdenes hacia un barco de nombre e itinerario desconocidos. Una vez a bordo, se les impone una arbitraria disposición que les prohibe ir a la popa de la nave. Esto es origen de numerosas pruebas de repudio de parte de algunos de los pasajeros, mientras otros se manifiestan completamente de acuerdo con el statu quo. El malestar de los primeros y las diferencias entre los dos grupos llegan al máximo cuando un niño enferma de gravedad y no hay médico que lo atienda. Los del *partido de la guerra* deciden ir a buscarlo a popa, armados con variados instrumentos. La incursión da como resultado inmediato la muerte de uno de los incursionistas y como mediato el fin del crucero, por motivos que la institución donante de los premios disfraza y oculta por completo. Tanto los partidarios de la paz como los de la guerra, tornan al punto de partida.

Claro está que el argumento, en su fría y dura esquematización no puede dar al lector la visión completa del clima extraño que se respira en la narración misma, perfecto reflejo del clima que se respiraba en el "Malcom", nombre del navío en cuestión.

Analizaremos ahora las caracterizaciones:

Ya dijimos que la gente podría definirse como *vulgar*, pero dentro de estos *vulgares* podemos establecer algunas distinciones. En general, antes de plantearse el conflicto *bélico*, se pueden distinguir dos grupos: los cortazianos y los anticortazianos. Los primeros, cultos (¿más cultivados que cultos, como dice el mismo Cortázar?), finos, que pueden hablar de Krének, de Picasso o aun de Miguel Angel Asturias en los pasillos de la nave, con aparente costumbre e indolencia. Los otros, que sólo llegan a referirse, en el mejor de los casos, a Gary Cooper o a algún cantante de tangos. Y aún hay un tercer grupo, el que, ya sea por poco interés, por falta de preparación o por cualquier cosa, queda aislado entre la primera y la segunda de las tendencias nombradas, constituyendo una especie de "clase media" intelectual. Mas, preguntará el lector, ¿qué es esto de *cortazianos* y otros *anticortazianos?* Respondemos: es indudable que uno de los grupos, el primero, cuenta con la simpatía incondicional de Cortázar, cosa fácil de observar en la primera parte de la novela, es decir, antes de que, como indica el autor en nota final, la novela empiece *a cortarse sola*, en una actitud un tanto unamunesca. (Esto de *que se corta sola* es algo que se advierte en ciertas oportunidades, y no en otras).

Como la obra se escapa, digámoslo así, cuando surge la división entre *partidarios de la paz* y *partidarios de la guerra* (división en que la simpatía de que antes gozaban los *cultos* recae ahora en los belicosos), cambian las cosas, pues hay *incultos-belicosos*, *incultos* que ingresan a la tercera fuerza que mencionábamos arriba (la *clase media intelectual*) y hay, en general, cambios fundamentales dentro de la caracterización de los personajes.

Cuando se produce este movimiento, característico de las *caracterizaciones dinámicas*, es cuando, nos parece, la novela empieza, realmente *a cortarse sola*. Por otra parte, es interesante anotar que los personajes mejor delineados dentro de la novela (Pelusa, Lucio, Felipe), tienen, para el lector, entiéndase, y no en la realidad extraliteraria, caracterizaciones dinámicas; en tanto que las caracterizaciones estáticas corresponden a los personajes más desleídos (Don Galo y el doctor Restelli). Sobre caracterizaciones planas y en relieve son pocas las diferencias relevantes que podríamos anotar en esta obra.

Si en la nota ya mencionada (supra) no se advirtiese que la obra no tiene *intenciones alegóricas y mucho menos éticas*, tal vez nos divirtiésemos diciendo o suponiendo que la popa, los absurdos repetidos de la vida a bordo del *Malcom*, que la actitud misma de los diferentes pasajeros para enfrentar esa situación y esos sin-sentido, son símbolos o representaciones de multitud de cosas, pero respetando a Cortázar no lo haremos.

Con respecto a los soliloquios de Persio, que *han perturbado a algunos amigos a quienes les gusta divertirse en línea recta*, confesamos honradamente que nos contamos entre esos amigos. La construcción misma de la obra, que llamaremos de *perspectiva múltiple*, en la primera parte, sobre todo, que tiene una estructura totalmente contrapuntística, hacía innecesaria lo que el autor cataloga de *supervisión de lo que se iba urdiendo o desatando a bordo*. Por otra parte, la curiosa concepción gnoseológica, o metafísica (¡vaya Ud. a saber!) de Persio, que en ciertas ocasiones hasta podría clasificarse como platónica, hace que los soliloquios mencionados desarticulen la materia novelesca y no se justifiquen dentro del *sujet*.

Pasando a otros aspectos de la narración, el lector advertirá algo que se puede achacar a que es ésta la primera novela de Cortázar. El paso de una forma corta (cuento) a una forma larga, trae aparejadas una serie de dificultades de dimensión (aunque la frase parezca perogrullesca). Si añadimos a esto la *narración en tercera persona* que el autor ocupa en la mayoría de las ocasiones, tendremos ya dos motivos que podrían disculpar la repetición de *verba dicendi*, que se observa en el diálogo de *Los Premios* (dijo . . ., dijo . . ., murmuró . . ., dijo . . ., gritó . . ., dijo . . ., dijo . . ., dijo . . .).

Otra de las cosas que sorprenden (favorablemente esta vez) en la obra de que nos ocupamos,

son las que llamaremos *frases epatantes;* en efecto, Cortázar, fiel, indudablemente, a lo que expuso en su artículo *Para una Poética*[5]: *El mismo hombre que racionalmente estima que la vida es dolorosa, siente el oscuro goce de enunciarlo con una imagen: la vida es una cebolla y hay que pelarla llorando,* con lo que ilustraba su teoría de que la poesía y la imagen especialmente no es sino un resultado de la innata inclinación del hombre por las analogías simbólicas, amplía aquí ese concepto haciendo que las palabras y los usos sintácticos adquieran caracteres nuevos y sorprendentemente hermosos (ya sea mediante la *congruencia de lo incongruente,* de que hablaba Hatzfeld: *El Doctor Restelli pasó de la cerveza al más evidente fastidio,* pág 14; ya mediante el disloque semántico de los participios, *Entró una señora armada de varios niños...,* pág. 16; o de los infinitivos: *Los azares de mi profesión me llevaron a padecer un consultorio en esa progresista ciudad...;* ya mediante el simple uso inesperado de los adjetivos, que, como el mismo dice, son *siempre la parte más elegible de la oración,* pág. 23). Por otra parte, lo anterior queda reafirmado por el desprecio ostensivo de Cortázar por las frases clisés o lugares comunes, desprecio que pone de manifiesto gráficamente por la separación de sus palabras con guiones (Así: *Hacía-especial-hincapié; la-ecuanimidad-que-caracteriza-a-las-personas-cultas,* pág. 56; *que-bebía-sus-palabras,* p. 32).

Empezamos citando la primera frase de una crítica de Elvira Orpheé, y terminamos citando la última frase de la misma crítica: *Pido disculpas a Cortázar.*

13

JUAN BARATTINI

Rómulo Magno, de Friedrich Dürrenmatt. Editorial Losange. Año 1960

La actividad teatral chilena se desenvuelve con un ritmo lento, teniendo un repertorio de escaso interés en la cartelera teatral; no encontramos novedades de importancia, ni se representan obras fundamentales de nuestra lengua; por ejemplo, clásicos españoles. Podemos considerar como excepción a este repertorio intrascendente, los esfuerzos, demasiados esporádicos, que hacen los teatros universitarios por exhibir obras de trascendencia universal, como es el caso de las obras de Brecht, Bernanos y Miller, presentadas últimamente. Lamentablemente, este intento de divulgar lo más significativo de nuestra época, ha caído en discutibles concesiones y falta de rigor. Pruebas al canto: del repertorio del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile de este año, debemos destacar, en primer lugar, el serio intento por presentar la actual producción dramática nacional; pero de la interesante dramaturgia europea del momento se insiste en el manoseado Ionesco, que se ha transformado en una moda comercial y tampoco significa un aporte a la problemática de nuestra época; Ionesco repite las fórmulas irracionales que hicieron furor entre los diversos "ismos" de la postguerra de la Primera Guerra Mundial.

Entre las variadas formas teatrales que imperan en los escenarios europeos, entre la variedad de antiteatro, teatro negro, etc., destaca la producción de Friedrich Dürrenmatt, quien, sin sumarse a ninguna moda, cultiva un teatro de gran lucidez y de profundo contenido humano. Dürrenmatt es un autor que, a diferencia de otros extranjeros, que poco aportan, deberíamos haberlo conocido por algún conjunto nacional y no reducir su imagen a las versiones librescas que recibimos de él.

Friedrich Dürrenmatt, dramaturgo suizo, de 40 años de edad, cuyas obras más conocidas entre nosotros son *La visita de la anciana dama* y *Rómulo Magno,* constituye, junto con Carl Zuckmayer, después de Brecht, lo más valioso de la dramaturgia en alemán del momento.

Dürrenmatt es hijo de un pastor protestante, versado en teología y filosofía; en literatura huye de lo dogmático y es ampliamente discutido, lo que no impide que haya logrado varios premios importantes, tales como el de *"Italia",* en 1956; el *"Schiller",* en Alemania, y el de los críticos de Nueva York, en 1959. Espíritu satírico y paradójico, encuentra en el grotesco el mejor medio para expresar sus ideas.

La Colección Losange, de teatro universal de Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, publicó tres obras de Dürrenmatt en un tomo; ellas son *Rómulo Magno, Crepúsculo Otoñal* y *Coloquio Nocturno.* Hay que destacar la primera, pues las otras dos sólo constituyen bocetos de obras en un acto.

Es necesario insistir en la diferencia fundamental entre *Rómulo Magno* y las manifestaciones de teatro de vanguardia contemporáneo: mientras éste busca renovar formalmente el teatro y se queda en los juegos del inconsciente de Ionesco, o en la poesía negra de Genet, *Rómulo Magno* es una obra de una claridad meridiana, escrita con la lucidez de un hombre que ve en profundidad el fin de una cultura y una forma de vida. La acción de la obra de Dürrenmatt se sitúa en el reinado de Rómulo Augústulo, último emperador del Imperio Romano de Occidente, y presenta la caída de éste y la ocupación de los restos del Imperio por los pueblos germanos. El enfoque del autor de este trascendental cambio histórico recuerda mucho el tratamiento de Brecht al pasado, especialmente en

[5]Cortázar, Julio. *Para una poética,* ap. *La Torre,* Revista General de la Universidad de Puerto Rico, Año II - Núm. 7, Julio-Septiembre 1954, págs. 121-138.

su novela *Los Negocios del Señor Julio César*. La actualidad de la caída del Imperio Romano, en su semejanza con los cambios históricos del presente, Dürrenmatt la entrega en una irónica visión de la lucha entre el agonizante mundo romano y el pujante nacimiento de un pueblo joven.

La estructura dramática de *Rómulo Magno* no ofrece grandes novedades; ni por un lado los juegos circenses del antiteatro, ni la estructura racionalista del realismo épico de Brecht. Es indudable que la profundidad conceptual de Bertold Brecht es más aguda que la visión del mundo de Dürrenmatt, pero en *Rómulo Magno* encontramos una obra dramática que centra su acción en el hombre, ubicado en la tierra y como un ser total, tanto en su aspecto lógico como en el aspecto irracional del inconsciente.

En resumen, Dürrenmatt entrega una visión contemporánea y actual del hombre y del mundo, sin necesidad de hacer renovaciones formales, siendo esto último secundario frente a la permanencia del contenido de una obra de teatro.

14

Una experiencia filosófica: La Causoefectividad

Esta obra editada por Espasa-Calpe Argentina S. A., de que es autor Alfredo Vial Izquierdo, presenta las siguientes características en cuanto a criterio.

El autor sostiene que el filósofo, en su esfuerzo intelectual, no puede dejar de tener en cuenta el esfuerzo de los hombres de ciencia dedicados a especialidades, por cuanto en ambos casos es el conocimiento intelectual el que opera: el conocimiento intelectual del filósofo opera en forma más general; el conocimiento intelectual del científico opera en manera más especializada. Pero es un hecho, que no podría negarse sin incurrir en contradicción, que lo más especializado del conocimiento intelectual, debe forzosamente hallarse comprendido dentro de lo más general del mismo tipo de conocimiento, para que esto tenga un valor de tal. Negar tal cosa, sería disociar el conocimiento intelectual en sectores contradictorios, lo que implicaría una disociación del intelecto humano, vale decir una disociación de la personalidad humana, presidida por ese intelecto, que es lo que la caracteriza, o sea disociar el yo, que con ello desaparecería.

Es así como el autor procede en base a un criterio de unidad. A este respecto, el autor define la unidad estableciendo como su noción correlativa la diversidad. Admite la diversidad sólo en cuanto pueda constatarse dentro de la unidad, o sea, sólo en manera relativa. Haciendo el estudio de lo que es la diversidad, afirma que dos cosas son diversas entre sí, en cuanto cada una recíprocamente no es una la otra y por tanto carece de la realidad de la otra, aun cuando ambas tengan realidad. La diversidad entre dos o más cosas reales, implica entre ellas una carencia recíproca y, por lo mismo, en cada una de ellas una carencia de mayor realidad, o sea una limitación en la realidad que le es propia, es decir una limitación intrínseca. Sostiene que esa limitación intrínseca, no se salva en el sentido de llegar a la plenitud por la simple suma de esas realidades limitadas. Cita, al efecto, el caso de que si se agregan dos o más cosas de un grado determinado de temperatura, como sería agregar varias cosas que tienen un grado de temperatura de diez grados centígrados, no por ello se va a elevar la temperatura de todas ellas sobre la temperatura de diez grados centígrados que es propia de cada una en particular. Así, si toda realidad es limitada no se llegará jamás a una realidad plena, o sea ilimitada. Si cada una de las unidades de esa pluralidad limitada, por infinita que sea esa pluralidad, es en sí limitada, también lo es en su totalidad, ya que su suma implicaría a la vez una suma infinita de realidad y de carencia de realidad. Así, toda realidad, al ser limitada, o sea carente de mayor realidad, no podría explicarse en esa carencia de mayor realidad conjunta por la nada, ya que la nada, que es la negación intrínseca de toda realidad, no puede por lo mismo ser real. Es así como el autor pasa de una realidad limitada que es la realidad de la materia física, a una escala de realidades superiores hasta llegar a concebir una Realidad Plena, de la cual serían efectualmente todas las realidades limitadas. Como en el concepto del autor el efecto es de la causa, sin que haya entre ambos una diversidad, ya que no es posible concebir un efecto que no sea de una causa, ni una causa que no sea tal sin ser causa de un efecto, para el autor la causa y el efecto constituyen, por decirlo así, un proceso causoefectual. La realidad limitada, sería por consiguiente, causada limitadamente por la Realidad Plena que no le daría en efecto toda su realidad. La Realidad Plena al dar limitadamente esa realidad a las realidades limitadas, no se privaría de esa realidad, ya que esa realidad sería de la Realidad Plena, en cuanto el efecto es de la causa. A su vez, las realidades limitadas, como limitadas no serían la Realidad Plena, aun cuando se concibiera una suma total de las realidades limitadas, por las razones ya expuestas. No es, pues, la Nada lo contrapuesto a las realidades limitadas, sino que es la Realidad Plena, que sólo sería contrapuesta relativamente, en el sentido de que daría en manera restringida su realidad a las realidades limitadas. Con ello, no se destruiría el criterio unitario que preside toda esta obra.

El autor parte en sus formulaciones anotadas, del estudio del conocimiento y en este estudio parte del análisis de los procesos físicos que éste involu-

cra, de acuerdo con las ciencias físicas y biológicas. Sostiene que el conocimiento humano se obtiene en manera sensible desde la materia física, en la que el hombre actúa. Y es en ese estudio de la materia física que sirve de base al conocimiento humano, en la que sienta el principio de la causoefectividad, que proyecta en todo el desarrollo intelectual de su obra. Argumenta, en base a ese mismo estudio, que esa causoefectividad es intrínseca a todo lo que es, o sea a toda realidad, que como intrínseca a ello, denomina autocausoefectividad, usando la partícula "auto", en el sentido de "propio" de la realidad.

De la noción de "autocausoefectividad" deriva el autor las nociones que denomina "aspectos reales". Estos aspectos reales serían visiones intelectuales restringidas de la realidad, que el autor desarrolla en manera coordinada e inter-relacionada. Así esas nociones no son dispares, sino conexas entre sí. Llega mediante este proceso a establecer el alcance de nociones comunes, como las de verdad y perfección, bondad y orden, naturaleza y cualidad, etc. Y explicadas así, estas nociones comunes, con ejemplos que las corroboran, hace uso de ellas a través del desarrollo de su trabajo. Explica mediante ellas los distintos grados de realidad, que sirven para establecer una visión axiológica de todo lo que es.

Esta obra no cita opiniones ajenas para basar sus conclusiones. Su argumentación es puramente racional y se desarrolla dentro de la mentalidad unitaria del autor. El análisis de sus conclusiones, no puede efectuarse en una exposición restringida como la presente. Más aún, la obra que comentamos ha sido ya de por sí condensada por el autor, como fruto de una meditación de muchos años. Así, cada uno de los párrafos de su obra puede ser objeto de largos comentarios. No es, por consiguiente, posible el hacer un análisis crítico de su exposición en conjunto, ya que ella no se encuadra dentro de una doctrina filosófica determinada, si bien, como en toda meditación filosófica, pudieran encontrarse también en ella conexiones con diversas tendencias, aun cuando muchas veces estas conexiones en el presente caso podrían hallarse con doctrinas por demás dispares.

15

CARLOS FREDES ALIAGA

Tradición y reforma en 1810, por Sergio Villalobos R. Edición de la Comisión Central de Publicaciones de la Universidad de Chile. 242 páginas. Editorial Universitaria, 1961

La Independencia de Chile y las interpretaciones que de ella se han realizado, atraen con gran fuerza el interés de los historiadores contemporáneos. A las muchas obras sobre el tema que se han publicado recientemente, se suma el ensayo que comentamos, cuyo autor es actualmente profesor investigador de esta disciplina en el Instituto Pedagógico.

El propósito central del profesor Villalobos es presentar una nueva interpretación del fenómeno de la Independencia o, al menos, enjuiciar las hasta ahora existentes. Para Francisco A. Encina, la Independencia fue "un parto prematuro"[1]; para Alberto Edwards, "una casualidad"[2]; para Jaime Eyzaguirre, un problema constitucional llevado al separatismo por "la ceguera y el orgullo peninsulares"[3]; para Hernán Ramírez, "la culminación de un proceso de orgánico desarrollo experimentado... a través de la Colonia"[4].

La versión de Villalobos, fuertemente respaldada por una extensa bibliografía, no coincide completamente con ninguna de las mencionadas. Su posición es más bien ecléctica y está claramente expresada en el título: *tradición*, por una parte, y *reforma*, por la otra, no como términos antagónicos y excluyentes, sino convergentes en la coyuntura histórica de 1810.

Al plantear este meditado punto de vista, se produce el caso curioso de que el miembro más joven de nuestra historiografía, que es el caso del autor, descubre que los historiadores del siglo pasado —los clásicos— no estaban tan descaminados en sus análisis.

El hecho merece destacarse porque ciertos escritores contemporáneos estiman de buen tono iniciar todo análisis descalificando a los clásicos, sea por estimarlos "desconformados cerebrales", sea por considerarlos demasiado comprometidos, por situación social o cronológica, con los actores del gran acontecimiento. Villalobos, con razón, nos dice que tal actitud "ha llegado a parecer inteligente", en circunstancias que la línea gruesa de una correcta interpretación ya está dada en los historiadores del pasado, especialmente en Amunátegui y Barros Arana, quienes "presentaron el movimiento de 1810 como de lealtad al monarca y de descontento, aspecto este último que se ha pretendido olvidar en nuestros días por cierta corriente histórica"[5].

La lealtad al monarca, el que por su lejanía representó para nuestros abuelos el símbolo de la justicia, el orden, la seguridad y hasta el amor paterno, llegó entera y viviente hasta 1810. Esto queda demostrado y ratificado por toda la documentación existente y, desde luego, por el propio acto de crear un gobierno nacional —la Primera Junta—, cuya

---

[1]F. A. Encina. *Historia de Chile*, tomo VI, p. 8.
[2]A. Edwards. *La fronda aristocrática*, p. 33.
[3]J. Eyzaguirre. *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, p. 122.
[4]H. Ramírez. *Antecedentes económicos de la Independencia de Chile*, p. 98.
[5]Villalobos, p. 12.

función principal era, según reza en el Acta de Instalación, el propender con todo empeño la "conservación de estos dominios a su legítimo dueño y desgraciado Monarca, el Señor Don Fernando VII".

Sentado a firme el postulado antedicho, queda en aparente contradicción con los hechos puesto que, a modo de "razón suficiente" en contrario, puede argüirse que este reino, y los otros del continente, terminaron separándose del rey, lo que no fue precisamente un acto de lealtad. La aparente oposición queda resuelta por los hechos mismos que señalan la aparición de la idea de independencia *después* de 1810, durante los períodos de la Patria Vieja y de la Reconquista española.

Pero ¿este cambio de ruta en los propósitos iniciales del movimiento fue producto del azar ciego que encadenó de cierta manera los acontecimientos para que precipitaran una independencia no sentida? ¿O hubo en el sistema colonial contradicciones agudas, ignoradas por los que lo vivieron, que se hicieron más tarde presentes para imponer un cambio? ¿O bien, hubo un descontento perfectamente manifiesto en las décadas anteriores? Por último, de no mediar las coyunturas accidentales que prohijaron a los gobiernos de 1810, ¿la separación se habría producido con retrasos significativos?

El profesor Villalobos se pronuncia, con énfasis, a favor de un cuadro en que se reconoce la existencia inequívoca de grandes descontentos, tanto por el sistema económico como por la preterización de los criollos por los chapetones. Empero, ese descontento no habría llegado todavía a una etapa en que se reconociera que el *status* imperante era la lógica consecuencia del sistema colonial monárquico. La clase criolla, profundamente dañada en sus aspiraciones e intereses, estaba hacia 1810 en el predicamento de que algunas reformas oportunas bastarían para sus fines. La cruda realidad trasuntada en la reacción posterior de la corona y las cruentas odiosidades de las guerras siguientes, hicieron el resto. Por lo tanto, se trata de "un parto prematuro" más que de una maduración "a punto".

La inexistencia de una idea previa de tipo separatista, el desorden y caudillismo que caracterizaron los primeros años de autonomía, la defensa hecha por algunos líderes revolucionarios a favor del sistema monárquico como el mejor para América, confirman, según Villalobos, que la revolución fue *no meditada y repentina*[6], sin perjuicio que este desenlace se habría producido más tarde de todas maneras, en vista de los antecedentes acumulados por la administración española.

Sin embargo, queda en pie una interrogante decisiva y que ha sido puesta de relieve por el profesor Hernán Ramírez: ¿hasta qué punto una revolución requiere, para realizarse como tal, de la conciencia colectiva de la necesidad de cambios? El profesor Ramírez, en uno de sus interesantes trabajos, nos dice: "...la historia universal está llena de situaciones y procesos que se desarrollan sin que se hubiera tenido *idea* de ellos, y esto ocurre porque raramente los hombres de una época perciben la esencia misma, lo último, o la fuerza oscura y subterránea del acontecer histórico en el cual están enrolados"[7].

Por lo menos, sería fácil explicarse el desencanto de Fray Camilo Henríquez —desaliento que por otra parte es muy contemporáneo referido a otra revolución— en el sentido de que una auténtica revolución *nunca* está en concordancia "con la educación, religión, costumbres y hábitos" imperantes y que si se elige "una forma de gobierno a la que estéis acostumbrados"[8], sencillamente no hay revolución.

Creemos que el argumento final de la brillante tesis del profesor Villalobos marca un punto débil en su concepción puesto que, dicho en los términos absolutos que imponen los estrechos límites de una reseña como ésta, *toda revolución conocida en la historia* ha sido, desde el punto de vista de la masa actuante incluyendo a la mayoría de las cabezas promotoras, un acontecimiento "no pensado y repentino".

Deseamos destacar, por último, el valor trascendente del trabajo comentado, en especial los concluyentes capítulos dedicados a demostrar la existencia de graves tensiones socioeconómicas acumuladas hacia 1810 y que forman el núcleo principal de la obra. Todo esto sin la sequedad que suele acompañar al trabajo del erudito, sino, por el contrario, redactada con una admirable soltura sabiamente apoyada por las oportunas, y a menudo chispeantes, citas documentales. La pulcritud de las reproducciones de grabados de época, agregan un mérito más.

Por su interés temático, amenidad y rectitud científica con que se ha realizado, este libro está llamado a ser considerado, con plena justicia, como una de las obras más sugerentes de los últimos años en este campo y será insustituible para quienes deseen configurar una imagen objetiva de uno de los momentos capitales en nuestro desarrollo histórico.

16

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Tatuaje Marino, por Mario Ferrero. Colección *Alerce*. Editorial Universitaria. Santiago, 1961

Desde 1948, fecha en que apareció *Capitanía de la Sangre*, Mario Ferrero ha realizado una sostenida y encomiable labor.

[6]Villalobos, p. 238.

[7]Ramírez. Op. Cit., p. 21.

[8]Fray Camilo Henríquez, cit. Villalobos, p. 238.

Tatuaje Marino, obra premiada en el "Concurso Alerce", de la Sociedad de Escritores de Chile, ensancha y enriquece la literatura oceánica nuestra. Desde los versos patriarcales de Eusebio Lillo hasta ese enorme templo que significa el "Monumento al Mar" de Vicente Huidobro, han sido numerosos los líricos del país que se han emocionado hasta la densidad más profunda ante la majestad de nuestro océano.

No es extraño, pues, que ahora Mario Ferrero, espíritu en plena ebullición, haya abierto en su *Tatuaje Marino,* una puerta de escape a su siempre digna inquietud.

Los versos de Ferrero no poseen la gravedad serena de Paul Valéry. "El mar, el mar siempre renovado". Nuestro poeta se mueve en un ímpetu constante que lo hace vibrar en un vaivén de alto vuelo.

En el "Canto Segundo", exclama:

"Me llegan en tropel cabalgaduras, / la camisa encendida de Lord Cochrane, / el cucharón de palo, la pimienta, / los claros utensilios de la vida. / Me llegan octavillas en el cuero, / recuerdos familiares, una esponja, / aquel espejo verde que peinaba la seda / de Leonor de Rivera.

"Detrás pasea el mar su antorcha errante, / el mar de gala con penacho rojo, / con el pecho terciado de banderas / y el espadín dorado como un sol de guerra."...

El mar se establece como un soberano en su dominio y todo está sometido a su antiquísimo poder. Violento, sonoro, Ferrero cruza en su Pegaso los ámbitos del norte a la región austral de la patria; lo ubica en todas las latitudes y así lo vemos en Ancud o Aisén impregnando con su soplo vivificante todas las cosas:

"Ancud es una lágrima en el rostro de un niño, / una lágrima fina y temblorosa / como una gota azul de porcelana.

"Ancud, torre mojada, / va tu nombre hechicero en la colina / navegando hacia el mar en flor salada, / entre pellines de olorosa copa / y un río torontel en las pestañas. / Va tu sangre de anillos capilares / cabalgando el amor sobre una llama, / con sus techos de alerce en la montura / y el abanico de los arrayanes..."

Ferrero comprendió acertadamente que era imposible realizar su obra en versos rimados que habrían ceñido rígidamente su inspiración y es así que traduce su temperamento en verso libre, a menudo asonante, lo que ofrece a sus cantos una convincente armonía, liberándolo del zapato chino de la rima que impide generalmente el soplo de la emoción.

"Tatuaje Marino" logra enaltecer aún más la personalidad de un artista de recia alcurnia y lo señala como a un verdadero cultivador de la belleza, sin apremios ni monotonías, desde los años en que iniciara su vasta y densa labor.

Viajero del Sur lo canta Ferrero con entusiasmo y así perfilan en su trayectoria, islas, aldeas que viven y sueñan bajo la lluvia que es la sutil enredadera de esos lugares.

El nombre de Aisén, el lejano territorio muestra su rostro:

"Tus hombres fueron santos, bandoleros, / comerciantes de mar montaña adentro, / alucinados duendes de aventura / que techaron el alma con alerce. / Tus hombres fueron fuego, nieve ardiendo / en las soberbias noches de epopeya, / cuando el puño era sólo un bandera / y los pumas ardían en las sienes.

"Todo lleva tu sello, tu viva escarapela. / Tus caminos, Aisén, piedra en la piedra, / de piedra tu viruta montañesa / y pura piedra el agua de tus cuencas.

"Son de piedra las hojas, los ríos tutelares, / el terciopelo negro de tus noches / lleva una piedra roja entre los dedos / y un gran grito de piedra te corona la idea.

"Por eso una miel de oro te circula en las venas, / llevas la entraña fragante como un anillo de abejas. / Y te vuela la sonrisa por el arco de las trenzas, / mientras tus niñas azules tejen papeles de almendras.

"Debajo de la capa, / Aisén es un cuchillo de oro fino, / un dorado mantel bordado a mano / donde brilla la sal y canta el vino."

El último canto, "Mar Final", cierra esta vasta exposición oceánica de fulgurantes relieves y en la que Mario Ferrero nos demuestra una vez más su exacta vertiente poética, flexible, sin ligaduras ni visibles influencias líricas.

Con la publicación de "Tatuaje Marino", las Ediciones Alerce prestigian a la literatura chilena y auspician un movimiento cultural que es necesario a un pueblo joven que acrecienta sus límites espirituales.

Ñuñoa, mayo de 1961.

17

MARIO RIVAS

Pakistán, Improbable y Real, por Hernán Romero. Editorial Universitaria, S. A., Santiago, 1959. Inscripción Nº 21.462

El antecedente más antiguo de un libro de viajes es probablemente el Libro de Job. Pero el siglo de los libros de viaje es seguramente el XIX. Nosotros nos vimos gratificados por varios, tantos cuya enumeración no cabe en esta crónica. Resulta curioso pensar que en este siglo XX y precisamente en los años en que aparecen los aviones Jet y los vuelos interplanetarios se inician, los libros de viajeros reaparecen. La causa es seguramente que el mayor acercamiento de los pueblos, gracias a los mejores medios de comunicación despiertan una curiosidad

que no fue tan viva hasta hace poco. El despertar de los pueblos de Asia y Africa a la libertad, ha traído por ellos el interés que despertaron en Europa nuestras repúblicas hace poco más de un siglo.

Hernán Romero está en su segundo libro de viajes. El primero fue sobre la India, que es, como él la califica, un subcontinente.

Este viajero es un médico que largos años se consagró con éxito a sus actividades profesionales y sus viajes los ha hecho en su calidad de tal, comisionado por una institución internacional.

Tenemos recuerdos de lecturas lejanas sobre los mismos países que él ha recorrido, "Les voyages de Cacolliot", que fueron tan celebrados hace más de cien años. El viajero chileno de estos tiempos tiene sobre el francés de otrora dos ventajas muy apreciables: la objetividad y la concisión.

El libro al comienzo, es decir, en las primeras líneas, desconcierta. No sabemos qué es lo que pretende ni de qué se trata. Nos parece que le hace falta un prólogo. En tal prólogo se pudo explicar, por ejemplo, con sencillez, que el libro es un relato que tiene por finalidad ir ilustrando al lector sobre un país poco conocido, abordando a la vez muchos aspectos. Así aparecerán, junto a cifras estadísticas, monumentos, costumbres, leyes, notas sobre la población y sus creencias, etc.

La forma del libro es lo que en periodismo se llama sistema "T", sólo que está invertido. En el sistema de que hablamos se comienza por dar la noticia y ella se explica luego, entrando en más y más detalles a medida que avanza el relato. Aquí, para llegar a la noticia que es el Pakistán de hoy, hay que leer todo el libro y una explicación completa sólo aparecerá en el capítulo XIX, "De Mahoma a Karim". Esta forma es mucho mejor para un libro que la periodística. Quien lee un diario lo hace en forma apresurada, en el correr veloz del tiempo dentro de las labores cotidianas. En cambio, el lector de libros lo hace con calma, no está ávido de saber lo que pasó, sino cómo pasó.

Formalmente se usan frases más bien cortas. No se ha querido extremar con la moda actual. Frases largas, o cortas han sido, a través del desarrollo de la literatura en el correr de los siglos, modas pasajeras. De todas maneras, el libro no busca nuevas formas de estilo y pertenece a lo que llamamos la exposición silogística. No ha llegado al desiderátum de la exposición hegeliana dialéctica y sí se ha saldado, felizmente, todo el onirismo de la transmisión directa o asociaciones de ideas que a tantos vicios condujera.

La forma gramatical es muy feliz. Hay un cierto uso de lenguaje médico que excusamos al autor por constituir una leve deformación profesional que, por lo mismo de su moderación, pasa casi desapercibida.

La división en capítulos está bien realizada. Cada cosa está en su sitio.

Esto respecto de una observación formal exterior.

Ahora, en cuanto a su forma interior, podemos decir que el libro toma la forma del relato. El hombre que va contando vive al mismo tiempo su experiencia y no deja en ningún momento de salpicarla de recuerdos, de anécdotas, ni de hacer otras comparaciones felices. De este modo su paleta se va llenando de vivos coloridos.

No nos imaginamos a Hernán Romero escribiendo, sino de sobremesa en medio de un grupo de amigos dilectos y curiosos que preguntan incansablemente con la insistencia y curiosidad de un adolescente. Entonces es necesario al mismo tiempo que se cuenta ir explicando. Esto es lo que se propuso sin duda y lo que consiguió felizmente el autor.

Pensamos un momento en este libro. Está lleno de anecdotario chileno, simpático y sencillo. Pensamos en los libros de costumbres que tanto hemos leído y que tienen entre nosotros la suerte de la inmortalidad y hasta de la resurrección, en el caso, por ejemplo, de la dispersa obra de Ruiz de Aldea. Pensamos que por excelente que sea "Pakistán, Improbable y Real", Hernán Romero le debe a su patria un libro sobre Chile. Recuerdos de infancia o de adolescencia, tal vez.

Nos confirma ello la fina observación del escritor, su tono de caballero chileno que jamás pierde y sobre todo ese colorido especial que sabe dar al relato. Este relato se hace más de una vez sentencioso. Otras, es abiertamente burlón, como por ejemplo en el caso de los Shiks y su discutible talento. Otras veces, vaga una tenue ironía.

No podríamos sin grandes riesgos hablar de una filosofía de este libro. Hay diversas explicaciones de carácter religioso y todas están hechas en forma objetiva, casi sin pronunciamiento del autor. Pero en él se nota un criterio y un modo de juzgar que no parecen muy alejados del materialismo histórico. Si no formalmente, interiormente el libro se podría calificar de hegeliano.

El libro también nos habla del fuerte impacto que dejara en Hernán Romero ese país que visitó y que declara amar. "En días pasados, me crucé en la Alameda de las Delicias con unos cuatro o cinco camellos, que iban en fila india por medio de la calzada, anunciando las esplendideces de un circo americano. Creí que me iban a saludar". Hasta tal punto se le ha hecho familiar el país que nos describe.

Como médico nos anota: "Tempoco se concibe que se limpie los dientes, una y otra vez con el mismo cepillo. Salvo los occidentalizados, preparan ellos una ramita (keeka twig), masticándola hasta que queda fibrosa y un tanto fluída". Nos recuerda una nota de Knut Hansum que al viajar por el Cáucaso recoge la especie de que los occidentales "se remojan en su propia mugre", porque se dan baños de tina.

En estos tiempos de hidrofobia, el buen médico

trae un gran pensamiento se profesa sobre los perros: "Se dice que también los consideraba sucios el Profeta y que los ángeles no entran donde" los hay.

Para los curiosos viene por fin la etimología de nuestro verbo chapalear que vendría de una zapatilla: el schapall.

Nos apunta en el capítulo XI la supervivencia de oficios y confradías de la Edad Media y desde el XII para adelante se entra, con breves notas históricas a describir el estado, político y social, del país y explicarnos su porvenir. El relato ha quedado interrumpido para entrar de lleno en las conclusiones.

Cerramos el libro con nostalgia. Hemos conseguido lo que muy pocas lecturas dan: entretenernos, aprendiendo.

18

CARLOS MUNIZAGA

Publicaciones del Museo y de la Sociedad Arqueológica de La Serena

Boletín Nº 11. Con contribuciones en Arqueología, de *Jorge Iribarren, Hans Niemayer* y *Julio Montané*, y en Antropología Física, de *Frances Ericksen*. (80 páginas, láminas), La Serena, Chile, 1960

Este número del Boletín aporta contribuciones que son básicas para la Arqueología y la Antropología Física chilenas, en lo que se refiere a la Zona de las provincias de Atacama y Coquimbo. Contiene contribuciones que ponen en marcha nuevos métodos y orientaciones teóricas.

Ellas son: el trabajo de Jorge Iribarren: "Yacimientos de la Cultura del Anzuelo de Concha, en el Litoral de Coquimbo y Atacama" (pp. 8-14). En seguida, tres trabajos sobre Antropología Física de la Sra. Frances Ericksen: "Antropología Física de Restos Oseos encontrados en Cementerios pertenecientes a la Cultura del Molle" (pp. 29-40); "Antropología Física de Restos Oseos encontrados en Cementerios de la Cultura Diaguita" (pp. 42-52); "Antropología Física de Restos Oseos encontrados en La Herradura y Guanaqueros (Cultura del Anzuelo de Concha)" (pp. 15-27). En seguida, hay un informe sobre "Arqueología Diaguita en Conchales de la Costa", con dos trabajos: 1º "Excavaciones Preliminares (Puerto Aldea)", por Hans Niemayer (pp. 54-56), y "Excavaciones Estratigráficas", por Julio Montané, y 2º "Punta de Teatinos" (excavaciones), por Julio Montané (pp. 69-85).

El trabajo de Iribarren contribuye con más evidencias para deslindar en la zona las culturas precerámicas. Él ha estado realizando excavaciones sistemáticas, que han contribuido en especial a arrojar valiosa luz para esta zona sobre la cultura del "Anzuelo de Concha", postulada por Bird para la costa norte de Chile. Una pequeña observación formal para evitar malentendidos, a quienes revisen el trabajo, atendiendo sólo a las láminas: en Lámina II, dice "anzuelo de concha", pero se trata de un anzuelo que en realidad es de hueso (como lo describe después el autor en el texto, de forma muy semejante a los de concha). Después, dice "pesa de lienza" (3), pero en el texto se interpreta ésta como posible pesa de "anzuelo compuesto". Asimismo, las barbas de arpón de esa Lámina II, en el texto se postulan como posibles barbas de "anzuelos compuestos".

Lo valioso de este número del Boletín es que todos los trabajos, al mismo tiempo que constituyen contribuciones originales, forman una unidad. Así, en Antropología Física, los tres trabajos de la Sra. Ericksen, se refieren a restos humanos correspondientes a tres etapas culturales de la zona: *precerámicas* (cultura del Anzuelo de Concha) y *cerámicas* (Cultura del Molle y Cultura Diaguita). Aunque, como la Sra. Ericksen lo expresa, el material de restos humanos es escaso, este trabajo constituye una contribución valiosísima, porque permite empezar a discutir con base rigurosa una serie de problemas antropológicos: a) Posible correlación entre tipos físicos y culturas; b) Analizar lo anterior con un criterio de estudio de "poblaciones", y, en consecuencia, con una base teórica apoyada en la genética; c) Problemas de migraciones y contactos entre estos pueblos. Problemas de aculturación, de posibles guerras, invasiones, toma de mujeres como cautivas, etc.; e) Problemas de métodos antropométricos. La autora aplica las fórmulas antropométricas de Trotter y Gleser (1958, p. 120), "que se derivan de estudios de huesos largos de soldados norteamericanos, de raza mongoloide, muertos en la guerra de Corea. Son, además, las únicas fórmulas derivadas de un grupo que incluye indios americanos. Por estas razones, es probable que estas fórmulas sean mucho más apropiadas para este estudio que las conocidas tablas de Manouvrier o las fórmulas de Pearson, las dos basadas en mediciones de blancos europeos". (Ericksen: 17).

Con las limitaciones debidas al escaso número de ejemplares de estudio, la Sra. Ericksen postula provisoriamente algunos tipos físicos para hombres y mujeres de estas tres culturas de la Zona (la del "Anzuelo de Concha", la de "El Molle" y la "Diaguita").

A su vez el trabajo de Niemayer, pero especialmente las contribuciones de Julio Montané, logran comprobar estratigráficamente las secuencias culturales *Diaguita Arcaico, Transicional* y *Clásico*. El intento de Montané de establecer un "contexto cultural" para cada una de estas etapas cerámicas, basado en la estratigrafía, es valioso. Aunque la poca extensión de las excavaciones, según el mismo autor, no le ha permitido deslindar elementos diagnósticos. Es interesante la distinción que postula

Montané, basada en la estratigrafía, de diferencias estilísticas entre las estatuillas antropomorfas de arcilla, pertenecientes a los niveles de cerámica Diaguita Arcaica y aquéllas de los niveles diaguitas de Transición y Clásico.

Las conclusiones de Montané, basadas en su estratigrafía, son: que si bien es cierto que los dos niveles más recientes diaguitas (Transicional y Clásico) "pertenecen a un mismo tipo cerámico, en dos fases sucesivas de desarrollo estilístico", en cambio, el tipo Diaguita Arcaico (confirmado también como más antiguo por las excavaciones), constituiría un tipo cerámico aparte, del cual no podrían ser derivados los dos últimos.

Montané ha recurrido, además, a técnicas finas para analizar la cerámica Diaguita Arcaica. Ha encontrado en ella como signo diagnóstico el uso de hierro oligisto o hematita usado para la pintura. Montané señala que esta técnica propia del Diaguita Arcaico, se encontraría también en la cultura del Molle en la Costa Central de Chile.

Durante mucho tiempo, las contribuciones de este número del Boletín, de La Serena, constituirán una fuente básica para la Antropología de la Zona y un modelo para la investigación en la Antropología chilena.

Carlos Munizaga A.

19

ROBERTO MALDONADO

Organización para el Desarrollo Económico, por Luis Escobar C. Editorial Universitaria. Santiago, 1961

Esta obra constituye uno de los pocos ensayos, por no decir el único, que sobre aspectos institucionales del desarrollo económico se han escrito en América Latina.

El autor, actual Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile, se ha venido preocupando, desde hace mucho tiempo, a través de escritos y conferencias, de analizar el papel que juegan los factores institucionales, con especial referencia a nuestro país, en la promoción del desarrollo económico.

Relacionar el subdesarrollo de nuestros países con causas meramente económicas como escasez de capitales, condiciones desfavorables de comercio exterior, etc., es explicar el problema sólo en parte. Es preciso considerar, también, un conjunto de otros factores, como las acciones humanas que se reflejan en actitudes colectivas frente al mantenimiento o cambio de las condiciones existentes. Estas actitudes están, a su vez, influidas por las costumbres, la política, la educación y el cuerpo de instituciones que, en un momento histórico, pueden constituir factores positivos o negativos en el crecimiento económico.

El profesor Escobar, durante cuatro meses (enero-abril de 1960) visitó Holanda, Noruega, Suecia, Francia y Puerto Rico, bajo el patrocinio de la Administración de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas (A.A.T.N.U.).

Durante ese corto tiempo, logró obtener una visión clara de los principales aspectos sociales, económicos y políticos que distinguen a esos países y que les ha permitido "construir" sus sistemas de planificación económicos con plena vigencia del régimen democrático de gobierno.

Hasta hace muy poco, aún existía entre nosotros la tendencia a asociar "planificación" con "estado totalitario". El modelo soviético era demasiado inmenso como para distinguir aquellos países democráticos que, impulsados por la necesidad de reconstruir después de la guerra sus sistemas productivos y acelerar su desarrollo en forma equilibrada y armónica, se dieron cuenta de que lo acertado y eficiente era proceder mediante una planificación de sus economías.

Afortunadamente, algo se ha aprendido de todos ellos. En el país ya se ha oficializado la necesidad de planificar; pero no obstante, como se desprende de la lectura de la obra que comentamos, aún faltan los cambios profundos, tanto en las actitudes como en la organización social de nuestra economía.

Nos falta una visión seria y responsable frente a los planteamientos de la política económica, un mayor respeto a la objetividad de los hechos que al estar ausente, lo que se observa en todos nuestros países, impregna la lucha partidista de una carga ideológico-emocional que imposibilita un acuerdo frente a situaciones concretas que requieren soluciones urgentes. Refiriéndose a este punto, el autor señala: "...es fácil contrastar la situación existente en Chile, y en la mayoría de los países latinoamericanos, con la que se aprecia en Holanda, Noruega y Suecia, por ejemplo. En estos últimos, la oposición política no tiene las características violentas que, a menudo, se observan en nuestros países. Las causas son muchas, pero quisiera destacar dos que me parecen primordiales.

"En primer término, los debates sobre materias de interés general (economía, previsión, educación, etc.) son, en los países visitados, mucho más "ilustrados" que en los latinoamericanos. Aquellos debates, en lo fundamental, han superado la discusión sobre "los hechos". Los guarismos de Ingreso Nacional, de su distribución, de inversiones, consumos, etc., son los mismos para todos los grupos sociales, llámense empleadores, sindicatos de empleados y obreros, partidos políticos, etc. Estas cifras —calculadas por instituciones públicas o privadas—, constituyen la base para las polémicas y son aceptadas por todos... En segundo término, quiero mencio-

nar las discrepancias políticas propiamente tales. Estas son relativamente pequeñas en los países visitados y grandes en los latinoamericanos. Podría decirse que en los primeros hay una comunidad de ideales de la población que no se conoce, en ese grado, en los segundos . . . "

En otro párrafo, refiriéndose a este punto, intercala una interesante observación: "Un conspicuo representante de la oposición, en uno de los países visitados me decía que, si se analizaba objetivamente, no creía que hubiese una notable distinción entre lo que podría hacer un gobierno conservador en comparación con lo que hacen los actuales regímenes socialistas en los países visitados o en Inglaterra, por ejemplo. Yo no estoy seguro de hasta qué punto lo anterior sería efectivamente el caso, pero sí creo que un conservador noruego o inglés, o un liberal sueco, sería considerado un peligroso radical o socialista en varios países latinoamericanos; porque ellos, en 1960, parecen no concebir la existencia del latifundio y de las tierras no cultivadas o mal explotadas; porque aceptan una tributación progresiva; porque están de acuerdo en que hay que asegurar el pleno empleo y porque creen que, para avanzar y tener una sociedad política y socialmente estable, hay que repartir con justicia el producto del esfuerzo colectivo; esto es, distribuir equitativamente el Ingreso Nacional".

El profesor Escobar incursiona en esta obra sobre éstos y otros aspectos del problema, como la educación, comercio exterior, mercado común, etc., señalando en cada caso el duro contraste existente entre esos países y nuestra propia realidad. Podemos diferir en muchas de sus conclusiones respecto del enfoque del caso chileno, pero reconocemos su valiosa contribución en cuanto a que su obra constituye una exposición clara y un análisis valiente de los principales problemas que el país debe abordar con urgencia.

Revisten especial interés para los estudiosos de los problemas de la organización económica, los últimos capítulos de la obra en que el autor describe, en forma sencilla y sistemática, los principales mecanismos e instrumentos de planificación utilizados por los países visitados, que comprenden una gama variada que va desde una forma leve o "economía concertada", al estilo francés, hasta una altamente concentrada como la noruega o portorriqueña.